

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

—REVISTA MENSUAL—

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO—LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

José María Comar.

TOMO V.—NUM. 5.

SUMARIO:

I Discurso del Dr. Nicolás Aguilar.—II Discurso del Dr. Ramón A. Salazar.—III Memoria del Secretario Alonso Reyes G.—IV Ya no puedo cantar, poesía, por Vicenta Laparra de la Cerda.—V La educación, por Julia Bertrand.—VI Leyendo á Homero, poesía, por Antonio Gómez Restrepo.—VII Becquer, por Víctor M. Jerez.—VIII Líneas, poesía, por Isaías Gamboa H.—IX La amistad, por María Guadalupe Reyes.—X Las azucenas, poesía, por Ernesto León Gómez.—XI Para una limeña, por Arturo A. Ambrogí.—XII Notas, poesía, por Jeremías Martínez.—XIII Geórgicas, por Emilia Pardo Bazán.—XIV El último pensamiento de Weber, poesía, por M. Sánchez Pesquera.—XV Estancias, poesía, por Francisco A. Icaza.—XVI Actas.—XVII Notas.—XVIII Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUM. 61

SAN SALVADOR,—TIPOGRAFÍA “LA LUZ” CALLE DE MORAZÁN 31.

FEBRERO DE 1894.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 ^{er} . Vocal	„ Víctor M. Jerez.
2 ^o „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 ^o „	„ Jeremías Martínez.

SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS

Br. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
Dr. „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Arturo A. Ambrogí.
„ „ Indalecio Zelaya.	Don Isafas Gamboa H.

SOCIOS CORRESPONSALES

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Srita.	Josefa Carrasco.
Doña	Luz Arrué de Miranda.	„	„ María Guadalupe Reyes.
Srita.	Lucila Gamero Moncada.	Dr. D.	Rubén Rivera.
Lic. D. J.	Fermín Aycinena.	„ „	Abraham Rivera.
„ „	Manuel Diéguez.	„ „	Ramón Rosa.
„ „	Carlos A. Imendia.	„ „	Antonio Batres Jáuregui.
„ „	J. Joaquín Pérez.	„ „	Esteban C. Roque.
„ „	Ismael Cerna.	Br. „	Juan J. Lainez.
„ „	Anselmo Valdés.	„ „	Antonio Macías.
Lic. „	Désire Pector,	Dr. „	Simeón Eduardo.
„ „	Joaquín B. Calvo.	„ „	David A. Payés.
„ „	Salvador Flamenco.	„ „	Ramón P. Molinar.
„ „	Enrique Guzmán y Valle.	„ „	Santiago Key Ayala.
„ „	Carlos G. Amézaga.	„ „	Carlos Dárdano.
„ „	Ricardo Rossel.	„ „	Francisco A. Reyes.
„ „	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„ „	Baltasar Parada.
„ „	Justo Zaragoza.	Br. „	Adolfo Castro.
„ „	Carlos Gagini.	Dr. „	Jesús Díaz de León.
„ „	Marcelino Jaramillo Ortiz.	„ „	Rafael E. Chávez.
„ „	Lucio Alvarenga.	„ „	Ezio Monjardino.
„ „	Nicanor Bolet Peraza.	„ „	Leonidas Pallares Arteta.
Srita.	Amalia Puga.	„ „	Ismael Enrique Arciniegas.
Doña	Clorinda Matto de Turner.	„ „	Carlos Fernández Shaw.
Srita.	Maria Springer.	Dr. „	Francisco Cárdenas Rodríguez
		„	Vicente Lines.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

Comisión Redactora:

Víctor M. Jerez.

Alberto Masferrer.

José M. Gomar.

TOMO V |

San Salvador, Febrero de 1894.

| Núm. 5.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

Doctor Nicolás Aguilar,

EN LA INAUGURACIÓN DEL PRIMER

CONGRESO PEDAGÓGICO CENTRO-AMERICANO.

Señor Ministro de Instrucción Pública:

Señores Delegados:

Señores:

Una cortés disposición de la Comisión organizadora del Congreso, me obliga á hacer uso de la palabra en esta solemne sesión inaugural, que, dignísimas personalidades de distinguida posición social, magnifican con su presencia, atraídas, sin duda, por el interés que despiertan los asuntos pedagógicos al acto que inicia la serie de labores trascendentales que, informando la opinión pública, ejercerán benéfica influencia en el proceso evolutivo del grupo étnico centro-americano. Mas antes de entrar en materia, séame permitido saludar á los ilustres Delegados de las repúblicas hermanas, á los conspicuos miembros del Cuerpo Docente y demás honorables congresistas, que, respondiendo á la fecunda idea sugerida por la Academia Cen-

tral de Maestros guatemalteca y llevada á feliz realización con el apoyo del Gobierno de esta importante sección de la Antigua Patria, vienen, con inquebrantable fe y los corazones abiertos á las más halagüenas esperanzas, á satisfacer las necesidades fundamentales de la enseñanza educativa é integral á la luz de la ciencia pedagógica de pueblos que, no olvidando su común historia, buscan en la amplitud de los medios positivos de la educación popular, la cohesión y unidad necesarias al cumplimiento de su destino manifiesto. Pero para que el Congreso pedagógico Centro-Americano sea pertinente en los altos fines que persigue y llene las aspiraciones del patriotismo, debe tener por objetivo el porvenir de la patria de nuestros mayores é inspirarse en los principios democráticos que sustentan nuestras instituciones, porque si la educación es un medio para llegar á un fin, ésta debe corresponder á los ideales de la humanidad y de la patria.

En el siglo pasado, Francisco María Arouet de Voltaire y Juan Jacobo Rousseau fundaron dos

escuelas, que, aunque al parecer opuestas, se encaminaban á un mismo fin: el uno con el sarcasmo y su acerada crítica derribó los ídolos consagrados por el tiempo; el otro, estudiando la naturaleza humana en toda su desnudez é investigando los derechos de los pueblos, hasta entonces desconocidos, y ambos lanzando terribles y enérgicas protestas contra los vicios creados por las sociedades constituidas de aquel tiempo, prepararon la Revolución, francesa por su nacionalidad, pero universal por sus resultados, que llevó la luz de la democracia y de la libertad á la conciencia del pueblo que, paria en Oriente, esclavo en Grecia y Roma y siervo de la gleba en la Edad Media, venía ya conquistando por medio de la razón y la ciencia la augusta entidad de su personalidad jurídica, que lo hace responsable de sus acciones y dueño de sus destinos. Este movimiento literario y filosófico, producido por las nuevas ideas y por el ejemplo sublime de la independencia de las trece Colonias inglesas del Norte de América, organizadas en República federal con el nombre de Estados Unidos, agitaron, más que otras causas, las demás Colonias del Continente, haciéndoles entrever los ideales de la libertad, que, llevándolas á su emancipación, les señalaba al mismo tiempo el derrotero de sus destinos y la futura constitución de su organismo político y social.

Centro-América, como los otros países hispano-americanos que fueron por algún tiempo la joya

más preciada de la Corona de Castilla, al separarse de la Madre Patria y pasar de la colonia á la autonomía, influida siempre por los avances del progreso, ha ido definiendo su política á través de feroces revoluciones y porfiadas luchas que han depurado los sistemas económicos contrarios al desarrollo de la riqueza y las trabas impuestas á las obras del pensamiento y al fomento de la vida de la inteligencia que España, por un lamentable error de la época, como dice Quintana, conservaba con sus leyes prohibitivas, perpetuando la rutina juntamente con otras preocupaciones; pero lo que intentaron hacer los mejores patriotas de Centro-América, á semejanza de lo que Washington y sus compañeros habían hecho en el Norte, un Estado federativo, no pudo llevarse á cabo, debido al espíritu de localismo, alimentado por la ignorancia de las masas, lo que ha venido á probar, una vez más, que no puede haber una evolución completa sin la acción eficaz de la educación, factor eficiente de toda transformación social.—Juan Jacobo Rousseau, comprendiendo esta gran verdad, completó su obra revolucionaria con el *Emilio*, libro esencialmente de educación, que señaló nuevos horizontes á los más ilustres pedagogos modernos. La aparición de este libro fue un verdadero acontecimiento en el mundo francés, donde todas las clases sociales se ocuparon de él. Mas, á pesar de esto, los principios presentados por el sabio filósofo ginebrino no tuvieron influencia decisiva en la escuela

francesa, que siguió su tradicional sistema. Fue en Alemania, la patria verdadera de la pedagogía, donde se estudiaron, y se trató de implantar, los principios educacionales del *Emilio*, principalmente por la "Escuela Filantrópica", llamada así porque trataba de aplicar principios humanitarios en las escuelas, en oposición á la tortura moral y física que imponían aquellos maestros apegados á la rutina de que "la letra con sangre entra".

Las doctrinas reformistas fueron luego patrocinadas por sabios como Kant, Euler, Lessino y otros, los que, cultivándolas con mejor acierto, contribuyeron á la difusión de los conocimientos pedagógicos y á la unificación y grandeza de aquel país, como lo afirma el educacionista Jost.

Los diferentes sistemas educativos informan las transformaciones por que ha pasado el ideal de la vida en varias épocas y entre pueblos distintos; así, Grecia nos ofrece el ideal natural y estético en el cual se forman sus historiadores, que iluminan con la luz del genio la cuna de los pueblos antiguos y crean con Herodoto el género histórico, sus filósofos sientan las bases de sus sistemas filosóficos, Fidias y Praxiteles esculpen y animan el mármol péntico, Zeuxis pinta, Simónides inventa la oda triunfal, Homero la epopeya y sus oradores inmortales el secreto de su inmortal elocuencia. La edad media nos ofrece el ideal trascendente de la Iglesia, en el que se considera la vida como una preparación para la vida futura, que imprimió á to-

das las manifestaciones de la actividad humana un carácter puramente religioso, y las nacionalidades modernas, los ideales democráticos que consideran el sistema de la escuela común como un centro donde tienen todas las clases sociales un derecho á la libertad, á la instrucción y á la felicidad; pero estos ideales son de dos especies: materialistas é idealistas; el primero considera la libertad política como medio de adquirir riqueza para mejorar las condiciones de la vida material, de manera que la escuela pública debe dar á sus alumnos la educación é instrucción necesarias bajo el influjo del interés personal. Este ideal, que aprisiona al individuo en los estrictos límites del más refinado egoísmo, no podrá servir nunca de base para formar un gran pueblo, sino más bien es propio para formar una factoría cartaginesa, sujeta al más puro mercantilismo; el otro aprecia la libertad política como medio para el desenvolvimiento del espíritu de la nación, rompiendo con todas las tradiciones del pasado y llamando á todos á la cultura por medio del perfeccionamiento de su naturaleza intelectual, moral y física, que las doctrinas de Descartes y Condillac impidieron por algún tiempo que esta educación se implantara en las escuelas, siendo hoy un punto aclamado tanto en Europa como en América, y á la que los ingleses atribuyen suma importancia, hasta el grado de conceder que los alumnos empleen tres cuartas partes del tiempo en hacer ejercicios corporales y una en el cultivo de

las facultades intelectuales, debiendo á esto, según la opinión de un pensador de nuestros días, la energía de los pueblos anglosajones y la previsión y la aptitud en los negocios, como también la belleza escultural de aquella raza.

Así, pues, la enseñanza educativa é integral es la base amplísima en que descansan las instituciones de las nacionalidades modernas.

Como relámpago en noche borrascosa, aparecen en el momento histórico del período administrativo del ilustre Dr. Gálvez, las disposiciones tendentes á cambiar el sistema lancasteriano, adoptado en nuestras escuelas, siendo digna de mencionarse la traducción de una obra francesa sobre métodos intuitivos que hizo el malogrado General J. M. Saravia, y las producciones de los Domínguez, calcadas en las doctrinas del inmortal Pestalozzi.

La evolución que se opera en todos los antiguos Estados del Istmo, como consecuencia de los principios liberales conquistados, y la tendencia universal del siglo en que vivimos, nos impelen á que busquemos en la Escuela el molde en que debe fundirse el ciudadano centro-americano para llegar á la reconstrucción de la Patria, visión del porvenir de nuestros mejores patriotas. La Escuela centro-americana debe ser autónoma, desterrando el cosmopolitismo que la invade, unificando sus tendencias, métodos y sistemas y que los conocimientos que se impartan en ella sean principalmente nacionales, inspirándose en el estudio de la naturale-

za centro-americana y en los fastos gloriosos de nuestra historia, bajo el amparo, como he dicho, de los principios democráticos idealistas, que son, por decirlo así, la característica de la instrucción popular de aquellos países que marchan á la vanguardia de la civilización y del progreso.

Como complemento del movimiento á favor de la instrucción popular, los Congresos pedagógicos obedecen á esa necesidad de la época presente; son ellos que han dado un gran impulso al movimiento educacional en Alemania, Francia, Suiza y, principalmente, en los Estados Unidos de América, donde se celebran anualmente y donde la educación ocupa un lugar preferente que hasta ha llegado á ser para el pueblo su preocupación constante. Nosotros necesitamos, con mayor razón, de estas Asambleas pedagógicas, que despiertan la emulación en el magisterio, en favor de la cultura de las masas; en donde se estudian y discuten los métodos y procedimientos más á propósito, para utilizar las ventajas de una buena educación é inclinar la opinión pública á las reformas trascendentales que habrán de cambiar las instituciones escolares en consonancia con los progresos de la época.

Trabajemos, pues, con fe y buena voluntad en la labor de la reconstrucción de la Patria; que la mancomunidad de ideas, tan necesaria á la realización de las grandes obras, una vez fundidas esas ideas en el crisol de la discusión y de la experiencia, tendrán que dar benéficos resultados y jus-

tificar los nobles propósitos del primer Congreso Pedagógico Centro-Americano.

DIJE.

DISCURSO

DEL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

Doctor don Ramón A. Salazar,

EN LA INAUGURACIÓN DEL PRIMER

Congreso Pedagógico Centro-americano.

Señoras y Caballeros :

No hace muchos días que el Príncipe de Bismarck, dirigiéndose á un grupo de maestros de Baviera, que le hacían una ovación, les dijo lo siguiente : “El poderoso influjo que cada maestro ejerce sobre nuestra existencia nacional, consiste en que se le entrega el alma del niño como una hoja de papel blanco, y que lo que se escribe en ella, principalmente durante la enseñanza primaria, permanece toda la vida con caracteres indelebles.”

He ahí en esas palabras el génesis de mi discurso.

Individuo del Magisterio de esta República, á cuyas filas me llaman mi vocación y mi patriotismo, creo firmemente que los maestros tenemos el sagrado deber de procurar que las generaciones futuras hallen un camino sembrado de flores, y que al entrar en la vida columbren un mundo moral, distinto de aquel en que á nosotros nos ha tocado vivir.

Y ese mundo podemos formarlo á nuestro antojo: sombrío y triste si arrojamos al viento ideas de opresión é intolerancia; ale-

gre y resplandeciente si las lanzamos de libertad y de justicia.

Para poder desarrollar estas ideas, permitidme hablaros de la atmósfera moral é intelectual que respiró la generación á que pertenezco, al entrar en la vida pública; de los libros que les sirvieron de inspiradores y de la impresión que esos elementos dejaron en nuestras almas, decidiendo de nuestro futuro destino.

Era el año de 1866, señores, y en nuestros cerebros comenzaban á aletear las ideas, y los corazones entonaban sus primeros himnos á la esperanza.

El medio ambiente no era bueno. Ciertamente que había muerto el tirano; pero aun el tiempo no clareaba. Nuestros padres, que habían visto la gran época del año de 1836, nos hablaban de un gran ciudadano que se llamaba Gálvez, que fue liberal y bueno; de un Barrundia, genio fogoso, girondino trasplantado á nuestro suelo; de un Molina, hombre tan sabio como su antecesor, el gran Flores, en cuyos labios se posaba la sarcástica risa de Voltaire; y de otros muchos de la gran escuela liberal.

Y al mismo tiempo que se evocaba en el hogar á aquellas figuras egregias, hijas de otra edad, se nos señalaba con el dedo á ciertos hombres, citándose en secreto algunas de sus negras hazañas.

Se nos aseguraba que la libertad había muerto en este suelo; y de allí la continua elegía de nuestros padres, que entristecía nuestra vida.

Para colmo de desgracias, nos tocó en suerte asistir á las ago-

nías del romanticismo. Eran nuestros libros favoritos por entonces los de A. de Musset, las penas de Werther y las de René, nuestras penas. Un tedio mortal se había apoderado de las almas. No escaseaban las lágrimas, y sí sobraban muchas quejas. El mundo nos parecía prosaico, y estúpida la organización social.

Teníamos la cabeza llena de leyendas góticas ó arábicas. Los héroes de Zorrilla y de Bürger eran nuestros héroes. El retintín armónico del verso martillaba nuestros oídos, y las grandes quejas de Byron y de Espronceda hacían que se nos llenasen los ojos de lágrimas.

Don Juan, Manfredo, Napoleón, Bruto, todas las figuras fantásticas y todas las figuras monstruosas y colosales, llenaban nuestra mente, haciéndonos ver en cada uno de nosotros, otros tantos de esos héroes, en embrión, de los cuales podría prometerse mucho la patria, ó que temer mucho la sociedad.

Y así fuimos creciendo, ilusos en el fondo, pero adoloridos de verdad, consumiéndonos en una agonía lenta y en un malestar indefinible. Total: que muchos de mis jóvenes compañeros, murieron del mal del siglo, y que otros, se extraviaron por las sendas que conducen al vicio ó á la locura.

Llegó entonces á nuestras manos un libro, que fue para nosotros un revelador; un libro admirable por la forma, escrito por un ilustre poeta, en seductor estilo, que llenó nuestros corazones de entusiasmo y que fue por mucho tiempo nuestro inspirador.

Me refiero á la Historia de los Girondinos, de Alfonso de Lamartine.

Fue en ella donde aprendimos á amar la revolución francesa, y fue ese libro el que preparó nuestro espíritu para entrar en la lucha política que ya se columbraba en nuestro país.

Yo no niego que sea un libro excelente en las horas de revolución. Hay allí tantos espejismos seductores, pasan por la escena que desarrolla personajes tan simpáticos, encuentra el lector modelos tan acabados que imitar; suena tan dulce la palabra libertad en aquella melodía en prosa; se ve tan dulce la muerte por la patria y tan fácil llegar á la gloria por el heroísmo, que, saliéndonos del mundo real cuando somos jóvenes, se enardece la sangre y se apronta uno al sacrificio y al martirio.

De ese modo y por un fenómeno psicológico fácil de explicarse, se desvanecieron en nuestra mente los héroes de la leyenda romántica para dar lugar á los de la epopeya revolucionaria; así fue como en vez de don Juan y de Manfredo nos apasionamos de Vergniaud, el elocuente; de Ducoss, el espiritual; de Valazé, el firme; de Camilo, aquel hijo perdido de la revolución que arrastró á los girondinos al patíbulo y que sin embargo merecía nuestro cariño; y así fue como nos encontró la revolución de 1871, bien preparados para hacer de nosotros sus más entusiastas adeptos, aunque á decir verdad á esa revolución no la comprendíamos sino como un combate de gladi-

dores, en que para tomar parte, se exigía nada menos que llegar con las armas de la palabra, como los girondinos, la de la audacia, como Dantón, ó la del terror y la impasibilidad ante la muerte, como Saint-Just y Robespierre.

Y no creáis que la educación de la mujer estuviere en mejores condiciones. Ella también había leído algunas novelas de Mdme. de Genlis, de Fernández y González, de Jorge Sand, Antonio de Padua y de Walter Scott.

Ella también tenía la cabeza llena de Armandos, Marios y Oscars. Ella conocía la Edad Media por Bernardo del Carpio, Rolando, y los Doce Pares de Francia.

Ay! ¡Cuánto mal han hecho á la sociedad esas novelas románticas! El lirismo es más peligroso en la mujer cuando su educación es semi-teológica y semi-mundana.

Cuando pienso en las lecturas que deleitaron nuestra juventud y las comparo con la literatura que priva á la hora actual, no puedo menos de desengañarme de que la mayor parte de nuestros infortunios vienen de esos libros tan inocentes en apariencia, pero tan perjudiciales en el fondo. ¿Qué cosa más espiritual que un romance de Jorge Sand, en donde el crimen tiene siempre su castigo y la virtud su recompensa?

Ellos han llenado la cabeza de las jóvenes de sueños encantadores, pero enfermizos. Esos libros han abierto de par en par la puerta del país de las quimeras, al otro lado del cual, los que nos

hemos atrevido á pasarlo, nos hemos encontrado con la triste realidad.

Por ellos las mujeres se han creído no comprendidas, y á esos libros se debe el desaliento moral que nos ocultan, pero que consume su alma. Ellos han consagrado la santidad de todas las pasiones.

Recordad todos los episodios de la novela sentimental que fue el pan cotidiano de la juventud hace treinta años. Todo en ella era cuestión de amantes, de damas perseguidas que se desvanecían, de besos arrebatados ante la luz pálida de la luna, de ruiseñores en el bosque, de poetas ó artistas pobres y altivos, de grandes señores que se dignaban descender de sus castillos hasta una pobre muchacha á ofrecerle su amor y sus trenes, de pastorzuelas ó aldeanas, vestidas siempre como las vemos en los cuadros de Watteau, yendo á la fuente con la cabeza llena de amores ó sorprendida ó ruborizada como la bella Dorotea al encontrar á Herman en aquel idilio tierno de Goethe.

Por regla general hay dos tipos predilectos en la mente de las jóvenes, el del héroe de novela y el del santo.

En aquel tiempo ellas preferían á Luis Gonzaga, Estanislao de Koska y Dominguito de Jesús, todos jóvenes y uno mártir.

A ellos dirigían sus oraciones, á ellos encomendaban á sus novios.

Con nuestra educación imperfecta, la mujer ve á su prometido al través del héroe de la novela. Si suspira al beberse un rayo de luna, si se pone pálido al presen-

ciar la muerte de un pajarillo, si va bien puesto y hace alguno que otro versito ¿qué más puede desearse?

De seguro que el jóven hará su felicidad. y luego vienen las realidades de la vida y ¡oh desencanto! aquel Armando, se convierte en un ente vulgar. Y de allí la infelicidad tan ficticia como la dicha imaginada bajo tales auspicios.

Y sabed que lo que digo es cierto, que no imagino ni divago, sino que pinto al natural.

Y creedlo, madres, que mientras sigáis dando la misma educación á vuestras hijas, no creáis sino seres destinados á la desgracia.

Es cierto que es muy dulce la ilusión, que el pudor y que la inocente ignorancia son las mejores joyas en la frente de una virgen; pero, madres, ¿por qué dejáis para el esposo ciertas enseñanzas que vosotras podríais dar con más fruto? ¿Por qué alimentáis las quimeras en vez de desvanecerlas? Yo no quiero una educación realista para la mujer; pero la quiero más práctica que hasta hoy.

La quiero más moral, humana, sin afectaciones en ningún sentido. La quiero como se comprende en Norte América, donde el joven no es para la señorita un enigma, sino un compañero de juegos, de diversiones y estudios. En la mayor parte de los países latinos los jóvenes de ambos sexos no entran en comunidad de trato sino hasta cuando la niña tiene quince años y el joven veinte; y esto en las salas de baile ó en las

tertulias de la casa, y bajo la decoración de la toilette de lujo y al sonido de la orquesta ó en el vértigo del valse.

En América sucede otra cosa: la niña y el muchacho se sientan en los mismos bancos de la escuela, lado á lado, y no sólo cuando niños de tierna edad sino en los Colegios y las Universidades.

Pronto se acostumbran á la compañía el uno del otro, no encontrando nada de extraño en esa comunidad, y reduciéndose de este modo el interés y la curiosidad que un sexo toma por el otro.

Bien sé que esto no podrá ser hacedero durante mucho tiempo entre nosotros; y por lo tanto no me cansaré de incitar á las madres para que velen más por la educación de sus hijas, que vigilen sus lecturas; que recuerden que hay libros que por lo muy místicos entristecen las almas, y otros, que por lo muy libres, empañan la virtud, esa flor immaculada cuyas corolas se marchitan al más ligero soplo.

Y no creáis que yo me oponga á que la joven libe los nectarios del idealismo puro. Lo que me espanta es la idea de que nuestros niños, tan dulcemente amados, fueran á iniciarse en los secretos de la vida en uno de esos libros de que os he hablado, que me hacen el efecto de una magnolia que no hubiese entreabier-to sus pétalos, blancos por fuera, aunque encierran entre su seno un nido de esos asquerosos insectos.

Y me encanta tanto el pensamiento de idealizar el alma de la

niña, que yo deseara que alguien se ocupase en formar un álbum compuesto de algunos de esos himnos verdaderamente etéreos de los Vedas; plegarias de la Persia, tan puras y tan heróicas; cantos de la Odisea y de la Ilíada, dulces como la miel hiblea; églogas de Teócrito y de Virgilio, olorosas como los jazmines de nuestros campos floridos; idilios de Bürger, tan tiernos, tan sencillos y tan llenos de candor; bucólicas de Ruth y de Tobías, que trascienden á flores de Jericó; cántigas de Carolina Coronado, en las que uno cree aspirar el olor del nardo y el cardomomo que perfumaban las viñas de Engaddi; y por último, oraciones como aquella de Víctor Hugo, que no puede pronunciarse sino estando el alma de rodillas, para presentarlo á la niña como un florilegio maravilloso cuyos aromas respirados desde la infancia, impregnarían para toda la vida su alma inocente.

Y ahora á otra cosa: la moral, el deber, á quién toca enseñarlos? Al marido! y, ¿si á él le falta? ¿Quién otra que la madre, en hora de dulce y saludable plática, puede contar á la hija bien amada las penas de la vida, los sacrificios que impone el matrimonio? El hombre es una naturaleza rebelde, que no soporta cadenas ni aun de flores. Lucha en el mundo y quiere nido de azahares en su casa. Y son tan rudos los combates de la vida, que la niña no puede ni maliciarlos.

Por eso creo que falta mucho para que la educación sea perfec-

ta. Falta que las madres se humanicen más, que entren más en las ideas del siglo, que no les causen horror nuestras doctrinas, que amen la libertad y la comprendan, que sepan que somos entusiastas por la moral, y que nuestra escuela tiene sistemas y libros con los cuales podemos regenerar á la sociedad.

Y he insistido en el punto del idealismo enfermizo que affige á la juventud femenina de nuestros países, porque tengo el convencimiento de que ella, más retardataria que el hombre, sufre aun de ese mal, de que es necesario salvarla.

Nuestras jóvenes viven en pleno sueño romántico. La literatura moderna no ha encontrado simpática acogida en el hogar americano. ¿Qué padre ó qué hermano se atrevería á poner en manos de los suyos un libro de Zola, ese gran disector, cuyas crudezas y audacias sublevan aun á los mismos hombres, interesados en el estudio documentario?

Baudelaire es un pesimista. Sus "Flores del Mal" maravillosas, nos causan dolores agudos aun á nosotros, miserables almas descreídas y decepcionadas que nos consumimos en un tedio y una angustia infinitos.

Lotti no está en castellano. Y aunque lo estuviese, él que posee el secreto de un estilo encantador, quizá no sería con su exotismo el alimento intelectual más á propósito para nuestras hijas.

Daudet está muy mal traducido. López Bago ha asesinado al gran maestro al trasladar á Saffo al español; y confieso que al

encontrar á Tartarín hablando nuestro idioma, no he conocido al gracioso Tarasconés que causó mis delicias cuando lo oí hablando su lengua nativa.

El hombre más popular de los autores modernos franceses entre las señoras, es el de Jorge Ohnet; quien, á pesar de su admirable fortuna entre los burgueses de la literatura, es considerado por los hombres que vienen de la tradición clásica ó romántica con la mayor indiferencia.

He visto también en español la gran obra de Flaubert; "Madame Bovary" pasa con razón como una joya literaria y merece que se la tenga como la novela de las novelas realistas. Preguntada á una joven si la ha leído, y os responderá la mayor parte de las veces, que tuvo el libro en las manos, aunque no pudo terminarlo, tiñéndose, sin embargo, su frente de rubor, que es un signo que la acusa de que no dice la verdad en esa vez.

Respecto de la literatura española, la cosa es peor.

Doña Emilia Pardo Bazán, perdóneme la gran escritora, es mucha hembra y muy realista para nuestras jóvenes. Ella de seguro no es una *Bas blue* vulgar; pero yo me figuro que al escribir sus obras no tiene la obsesión de la mujer, no se dirige á su sexo, no piensa en la joven ni en la niña, sino en el hombre, y éste no el vulgar sino el letrado, el erudito. Yo de mí sé decir que aunque he buscado, no hallé jamás en los libros de doña Emilia la nota femenina; muchas veces me he preguntado si la noble dama

no se dolerá allá en sus adentros de pertenecer al sexo débil, ella que es tan fuerte y que tiene tanto talento como instrucción.

Pérez Galdós, ingenio admirable, ha escrito sus "Episodios Nacionales" con un sabor enteramente español; Pereda es hijo de sus montañas, buen carlista y eminente escritor; pero, señores, como republicanos y liberales no hacemos jamás buenas migas con el simpático reaccionario, aunque su corte literario merezca toda nuestra admiración.

Nos queda don Juan Valera, un volteriano vestido de diplomático, y eminente erudito, á quien nuestras jóvenes no comprenden. Por supuesto que ya se entenderá que no hablo sino de los dioses mayores; porque aunque es cierto que no faltan emborronadores de novelas contemporáneas, no vale la pena ocuparse de ellos.

No hablaré de la literatura de los otros pueblos europeos. Bien sé que están de moda Tolstói, Tourgueneff y otros escritores rusos, al menos en Francia; pero la mayor parte de los argumentos en las obras de estos literatos estriban en cuestiones sociales, propias para nosotros, que nos llenamos la cabeza con ese fárrago inmenso que sopla sobre el espíritu como vendaval desencadenado. Alemania, cansada de su edad genial, que comenzó con Klopstock y desmayó á la muerte de Heine, casi no produce nada en el día, que sea digno de la fama. Freitag, Heisse, Erbert son poco leídos, aun por los mismos hombres, fuera de su país, y eso que

son tan apreciables que hoy por hoy ocupan las cimas de la literatura germánica.

De suerte que nuestras jóvenes tienen que contentarse con los antiguos romances y con la lírica admirable de algunos que, como Gaspar Núñez de Arce, en España; Palma, Darío, Gutiérrez Nájera, Arciniegas y Julián del Casal, en América, son como los Efebos que guardan en urnas bien cinceladas el incienso de las pocas ilusiones que van quedando en el mundo, y que en sus horas de inspiración le presentan como ofrenda á esa juventud.

Pasemos ahora á la educación de los hombres.

En estos nuestros países de América sobra la imaginación y no se carece de talento, pero faltan el carácter y la constancia.

A los catorce años todos hemos sido poetas y entonado la canción de la juventud, como la alondra á los primeros albos de la mañana.

A los diez y ocho el joven se transforma en político. Con unas pocas lecturas de Tito Livio y del "Contrato Social", cuarenta ó cincuenta frases ya hechas y una ligera ojeada á un tratado de Derecho Constitucional, ya tenemos á nuestro hombre, pluma en mano, escribiendo mociones, improvisando arengas é insultando desde el periódico á sus contrarios en política. Como se aplauden las gracias del garzón, le embriaga el triunfo, y se encuentra derepente legislador y filósofo. Juzga, desde su cátedra dogmática, á los Jueces, á los Ministros, al Presidente, á la Asamblea, á los Gabi-

netes extranjeros, á Guatemala, á Centro-América, y le parece que todo va mal, y que se pierde el mundo si no se aceptan los logogrifos de la Constitución que él se ha forjado en su mente y que contiene el summum de la perfección.

Y para ser justos y pintar al vivo lo que pasa en nuestras sociedades, diré que en el cuadro que describo hay dos tipos bien marcados.

El uno es de los epígonos, y el otro el de los impacientes. Los epígonos lo encuentran todo mal porque todo lo ven nuevo, y eso no les agrada. Con ese atavismo especial de la raza tienen ó aparentan tener la convicción de que lo antiguo era lo bueno y que lo actual es detestable. Prefieren el verso gongórico del fraile de la Colonia y el infolio de un padre de la Iglesia á un libro de Taine ó de Renan. Se extasían al leer un soneto retumbante de algún ingenio de los siglos pasados y no les gustan los de José María Heredia, por ejemplo, "por modernos". Les encantan los títulos retumbantes. Cuando en sus disquisiciones históricas se encuentran con alguno de aquellos Capitanes Generales que llevaban sobre sí más nombres que los del calendario y que eran señores de tierras ignotas y Marqueses ó Duques de nombres bizarros, se les llena el alma de júbilo; en tanto que si se les habla de algún plebeyo, por ejemplo, de Morazán, alzan el hombro, lo denigran y descargan el vara-palo de su ignorancia sobre su memoria.

Estos señores tienen la monomanía especial de atacar todo lo existente y de burlarse de los cuerpos, de las instituciones, de los usos y de las costumbres del día; predicen el fin del mundo en castigo de nuestras leves faltas é invocan los manes de sus viejos abuelos tan solo porque los liberales se ríen con risa inocente de las costumbres un tanto patriarcales y semitontas de aquellos viejos que se empolvaban la cabeza, usaban calzón corto y vestían redingote lleno de entorchados para ponerse á bailar el minué con sus estimables esposas.

He procurado, señores, hacer el análisis psicológico de la generación de que formo parte, y asimismo he hecho el esbozo de las corrientes que dominan á la que con posterioridad á nosotros ha entrado en la vida pública y que hoy forma ese coro de jóvenes que se preparan para los altos destinos que les reserva el porvenir y que comienzan á hacer sus primeros ensayos en la vida pública.

Ya habréis visto que la nota predominante en nuestra educación ha sido la literaria.

La literatura es una Walkyria que, como Loreley, está allí tocando su arpa encantada, y atrayendo con sus sonidos melodiosos á la juventud incauta, para hacerla saborear su copa, en cuyo fondo encontramos la amargura. Nosotros la hemos apurado y por eso nos encontramos todavía embriagados por aquel licor que ha mantenido nuestros nervios en perpetuos estremecimientos.

Y puesto que tenemos la acibarada experiencia del pasado, ¿por

qué no debemos dar la voz de alerta y, como maestros y como padres, vigilar porque nuestros discípulos y nuestros hijos no se descarríen en esa senda oscura por la que nos perdimos nosotros durante la juventud?

Hay que decirlo bastante alto: la influencia teológica obró poderosamente sobre nuestras conciencias, dominando durante nuestros estudios un criterio tan estrecho que apenas podía moverse nuestro espíritu y desarrollarse nuestras facultades.

Nosotros nos encontramos al principio de la carrera de la vida sin timón ni derrotero, en medio de aquella selva de que habla Dante en la introducción de su gran poema. En nuestros estudios clásicos carecimos de toda base sólida. Verdad es que se nos hacía estudiar, por maestros poco competentes, el latín y el griego y que durante 5 años perdimos lamentablemente el tiempo en el estudio de esas lenguas muertas que nadie aprendió.

¿En donde están los helenistas que salieron del colegio Tridentino? ¿Quién de nosotros tuvo la dicha de poder leer á Sófocles ó á Esquilo en el original? En cuanto á los que cultivaron la lengua del Lacio, no sé sino de José Batres Montúfar y de Juan Diéguez que hayan hecho ensayos felices para traducir á Horacio y á Virgilio.

Y advertid, señores, que estos egregios poetas, nacidos en una época muy anterior á la nuestra, no fueron discípulos de la escuela clásica de los jesuitas, ni concurrieron á las aulas de la Univer-

sidad que fundó Carlos II y que Manuel Francisco Pavón, un gemelo en espíritu del rey hechizado, un tanto degenerado, perfeccionó en el sentido del oscurantismo de la reacción.

Ya veis, pues, que con tan deleznable bases poco ó nada podíamos hacer en beneficio de esta patria tan desgraciada; y que si la revolución y la reforma se llevaron á cabo, no fue por los hombres de letras sino por la voluntad de algunos héroes esforzados que, aunque no conocían los clásicos ni los modernos y que aunque no habían leído á los cantores de la libertad, tuvieran intuición y fuerza bastantes para demoler el edificio del pasado y echar los cimientos de la nueva sociedad.

Por eso la obra fue incompleta; y por eso los hijos de esa revolución que vivimos de sus ideas y que deseamos que perdure, debemos esforzarnos porque penetre en el espíritu de la juventud y encuentre en su corazón sus mas firmes admiradores.

Somos locuaces como los galos y entusiastas como los atenienses.

Todos á los quince años hemos sentido las embriagueces del combate contra los tiranos. Mas la vida ordinaria de los pueblos no tiene nada de artificial, y se equivocaría quien creyese que es posible que una nación viva en un perpetuo estremecimiento revolucionario.

Dado nuestro temperamento, nos fascinan y deslumbran el oropel, las batallas y las arengas grandilocuentes.

A esa edad admiramos á Na-

poleón y no comprendemos á Washington; nos sabemos de memoria los episodios de Austerlitz y tenemos pereza de hojear la Constitución americana, el código más perfecto de los derechos del hombre.

Creo que es tiempo de que nos esforcemos en hacer cambiar de derroteros á la juventud centroamericana, y por eso estoy firmemente convencido de que la patria exige de nosotros una misión augusta. No sólo debemos instruir sino educar, haciendo que nuestros discípulos no sigan el camino trillado de las exageraciones ni se dejen ilusionar por las doctrinas de relumbrón.

No siempre los programas de enseñanza, por completos que sean, abarcan todos los puntos que fuera de desearse. Ellos no hacen más que señalar las bases y los derroteros y es al maestro á quien toca completarlos con los auxilios de su saber y su experiencia.

Yo quisiera ver en manos de los jóvenes, libros como "El Deber", de Julio Simón, que contienen estudios graves y enseñanzas austeras sobre lo que debemos á la conciencia, á la patria y á la sociedad. Quisiera que fueran libros de consulta diaria los preciosos tratados de Samuel Smiles, sobre el "ahorro", "el carácter", "y el deber", en los cuales en pocas páginas están condensadas las doctrinas más sabias y los consejos más útiles que puede encontrar un joven inexperto.

Los "Ensayos" de Lord Macaulay es otra de las lecturas que yo recomendaría á la juventud,

por las provechosas lecciones de rectitud moral y de buen gusto que pueden sacarse de ellas. Menéndez Pelayo, que es una autoridad como hay pocas en eso de gusto literario, las califica como las lecturas mas amenas, variadas, útiles y deleitosas de este siglo. Hipólito Taine, en su admirable obra sobre la literatura inglesa, habla de esos ensayos con entusiasmo y confiesa marcada predilección por su lectura.

Macaulay es en efecto el historiador de la libertad, y los que la aman, y quieren saber lo que significa, deben dirigirse á esa fuente, en donde encontrarán juicios serenos, exentos de las frivolidades y de las quimeras que se encuentran en los escritores de otras naciones.

En Centro-América ha habido siempre entre sus hombres de estado predilección por las cosas y las instituciones de la República Sajona del Norte, así como por algunos de Inglaterra. La República federal, el Código de Livingston, el Juicio por Jurados, la Escuela lancasteriana, cosas son todas de esos pueblos sajones. El gran Barrundia murió en el norte de América, después de haber sido durante casi toda su vida uno de los más fervientes propagandistas de las leyes norteamericanas. El Marqués de Aycinena escribió sus célebres "Opúsculos" en la tierra de Washington y de allí vino á ser Ministro y Consejero de Gálvez. Irisarri y los hermanos Molinas, hijos del ilustre don Pedro, se hombraron con Mr. Seward. Nuestro reformador Rufino Ba-

rrios tenía predilección marcada por aquella tierra en que legislaron Hamilton y Jefferson.

Y razón han tenido estos hombres en sus simpatías. Por mí, yo no haría sino alentar á la juventud de mi patria, aconsejándola que lea la obra de Tocqueville llamada "Democracia en América" y la de Bryce "American Common welth", recientemente publicada, que son obras clásicas en todo lo que respecta al estudio de las instituciones de aquella nación.

En cuanto á los estudios biográficos no encuentro nada comparable á las obras de Plutarco para formar el carácter de los hombres de acción y dar modelos á los grandes pensadores.

"Las Vidas paralelas" han sido las inspiradoras de Shakespeare, de Enrique IV, de Turena y de Napoleón; hace 1,800 años que se escribieron y aun no pierden ni su interés ni sus encantos, y esto porque nos pintan al natural las virtudes de los héroes de la antigüedad y hacen que se despierte en nuestras almas el deseo de imitarlos.

Y ved, señores, la influencia del libro hasta para los más grandes genios.

El espíritu de las leyes de Montesquieu inspiró á los legisladores de Filadelfia, y el "Contrato Social" fue como el Evangelio para los revolucionarios de 1789. "La Enciclopedia" y los filósofos del siglo XVIII prepararon la guerra por la independencia de las colonias Hispano-Americanas.

Pudiera citar á Tito Livio y

los poemas de Ossian como las lecturas favoritas de Napoleón, y las canciones de Beranger y la historia de Thiers como las obras que más han contribuido al restablecimiento de la dinastía Napoleónica en Francia.

Y notad, señores, que esta influencia no es sólo de los hombres de letras.

Leo en las Memorias de Ricardo Wagner, que una audición de Beethoven y otra de Mozart, fueron decisivas para él en su carrera.

Y Carlos Gounod, cuya reciente muerte aun lloramos los amigos del arte, decía hará dos meses en "El Gaulois," que la ópera "don Juan" oída una noche en que su madre lo llevó al teatro, fue la que encendió en su mente la chispa reveladora de que él también había nacido músico, como lo fue en efecto, é inmortal.

Razón tenía, pues, el viejo Heráclito cuando decía "que vivimos de la muerte de nuestros dioses", lo que, traducido al vocabulario actual significa: que vivimos de nuestros antepasados, de las fuerzas físicas encarnadas en el suelo y en el clima de la patria, de las fuerzas morales encarnadas en la historia y de las fuerzas intelectuales encarnadas en la poesía.

Goethe ha expresado esta misma idea en términos más precisos, diciendo: "Si yo enumerase todas las deudas que he contraído con nuestros grandes predecesores y nuestros contemporáneos, lo que me quedaría sería muy poca cosa. Lo importante es el instante de nuestra vida en que se

ejerce sobre nosotros la influencia de un grán carácter. Lessing, Winckelmann y Kant eran de más edad que yo y ha sido de gran consecuencia para mí el que los dos primeros obrasen sobre mi juventud y el último sobre mi vejez."

Demostrada como queda la influencia del libro y de los grandes caracteres sobre el joven, voy á pasar á otra cosa para dar término á mi discurso.

Creo, ante todo, que tenemos necesidad de una reforma de la enseñanza en Centro-América, cuyo objeto sea, no solamente el desenvolvimiento y mejora de nuestra raza, sino el encarnar en la mente de la juventud, al mismo tiempo que principios sanos, la idea de la nacionalidad de la patria única.

Centro-América, por más que esté dividida ficticiamente, es un organismo dotado de una conciencia colectiva. Al través de todas las vicisitudes porque ha pasado durante los últimos setenta años, se ha mantenido en el pueblo una identidad de carácter, hábitos y aptitudes que hacen comprender que flota sobre este país, llamado á tan altos destinos, una fuerza que pudiéramos llamar conciencia y voluntad nacionales.

Alemania, Italia y Francia se encuentran empeñadas á la hora actual en una reforma pedagógica y de métodos de las escuelas superiores, y no creo que nuestros países deban quedarse atrás en ese camino, en el cual aquellas grandes naciones nos sirven de porta-luces y de maestras. En nuestros programas tan recar-

gados de materias no se ha querido ó no se ha podido introducir la armonía del conjunto, ni hemos llegado hasta hoy al centro de gravedad sobre el que debe converger la educación nacional. Muchos quieren que ésta tenga una ancha base científica, otros desean que predomine la nota literaria. Ahora bien, señores, lo que hay incuestionable es lo que dice muy bien Alfredo Foullié; que viéndose que la dirección exclusiva, tanto científica como literaria, no han dado los frutos que se esperaban, es fácil prever que la característica de la educación en el siglo próximo serán las ciencias político-sociales.

Si algún siglo se presentó preñado de tempestades en la Historia es el que ya está llamando á nuestras puertas. Oíd sino los rugidos que se repercuten por todos los ámbitos del viejo mundo. No son los de los burgueses que en el siglo pasado hacían la revolución política en Francia; son los de la inmensa masa obrera que en Europa pide á voz en cuello la reforma social. Alejados por fortuna de aquella hoguera, debemos prepararnos sin embargo para el porvenir. Debemos procurar que la juventud de nuestro país entre de lleno en el estudio de las humanidades y que haga un análisis serio del hombre y de sus necesidades sociales. Hagamos que ella desconfíe siempre de la quimera, porque nada es más perjudicial para el hombre y para los pueblos que esas vagas ilusiones que suprimen el esfuerzo, ciegan y vienen á convertirse en la vanidad de los

débiles. El pueblo fuerte es el que piensa y el que trabaja, elementos únicos que dan el valor para el presente y la fe para el porvenir.

Que la juventud ame la libertad despues de conocer lo que es y lo que vale; que estudie los escollos porque han pasado otros pueblos, aun los más generosos, para evitarlos; que nutra su espíritu con lecturas escogidas, y robustezca su brazo con trabajos provechosos, y habremos logrado hacer una generación digna de llamar patria á nuestra madre Centro-América.—HE DICHO.

MEMORIA

DE LOS TRABAJOS DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA "LA JUVENTUD SALVADOREÑA" DURANTE EL AÑO DE 1893, LEÍDA POR EL PRIMER SECRETARIO BACHILLER ALONSO REYES G., EL 28 DE ENERO DEL CORRIENTE AÑO.

Señores:

De conformidad con lo que disponen nuestros Estatutos en el artículo 29, inciso 5º, tengo el honor de presentaros la Memoria de los trabajos de la Sociedad durante el año de 1893.

La Academia "La Juventud Salvadoreña," llamada á influir de una manera directa y positiva en el desarrollo de las ciencias y de las bellas letras en El Salvador, de lo que ha dado ya pruebas inequívocas, puedo afirmaros, sin que la pasión me ciegue, que ha conquistado un puesto distinguido é indisputable en el mundo de

las letras; lo que servirá de mucho estímulo para que el espíritu emprendedor y entusiasta que os caracteriza no decaiga sino que por el contrario, sea un impulso poderoso que renueve en vosotros las energías del pensamiento, para continuar con más entereza y lucidez vuestros laudables propósitos.

Instituciones de esta naturaleza, merecen todo el apoyo moral y todo el contingente material de sus miembros, para no burlar las esperanzas de la patria, que ve en ellas á los nobles batalladores del bien y del progreso; esperanzas tanto más halagadoras cuanto que es la juventud la que lucha en estos centros de bellos atractivos para mantenerlas vivas; la juventud que es la encarnación de la fuerza, de las ideas y de los sentimientos; la juventud que con aliento inagotable, con fe en el corazón, con sed ardiente de porvenir y de gloria, escala las regiones excelsas de las ideas, y á más de su porvenir y de su gloria, conquista el porvenir y la gloria de la patria.

Todos estos hechos que realzan y dignifican el espíritu nacional, representado por la vigorosa generación que se levanta, son motivos de justo orgullo para no desalentaros en la noble y provechosa tarea que habéis emprendido, y que dadas las dotes que poseéis y el buen juicio que preside vuestros actos, la sociedad confía, como yo, en que no fracasarán vuestros esfuerzos.

“La Juventud Salvadoreña” cuenta con un personal selecto: en él figuran corresponsales que

son lumbreras de la ciencia y de las letras, quienes dan á la Academia mucho timbre, encumbrándola, según afirma el eminente escritor Bolet Peraza, á la escala de las primeras asociaciones de nuestra bella América, tanto por los fines que persigue, como por los principios que defiende; lo que le ha valido á “La Juventud” muchos triunfos hasta hoy.

Los socios activos con que cuenta la Sociedad á la fecha son catorce, como sigue: Los Bachilleres Pasantes don Eusebio Bracamonte, don Víctor M. Jerez, don Adrián García, don Juan Gomar, don Leopoldo A. Rodríguez y don Fermín Bayona; los doctores don Nazario Salaverría y don Francisco Espinal; los señores don Alberto Masferrer, don José María Gomar, don Doroteo Fonseca, don Indalecio Zelaya, don Jeremías Martínez y el que suscribe.

Muy dignos son de todo elogio los miembros que forman el cuerpo activo de la Sociedad por la conducta enérgica y exacta que han observado en el cumplimiento de sus deberes, desempeñando con acierto y buena voluntad los distintos encargos que se les han encomendado.

Los socios corresponsales son los siguientes: Las señoras doña Vicenta Laparra de la Cerda, doña Luz Arrué de Miranda y doña Clorinda Matto de Turner; las señoritas Lucila Gamero Moncada, Amalia Puga, Mary Springer, Josefa Carrasco y María Guadalupe Reyes; los doctores don Lucio Alvarenga, don Nicanor Bolet Peraza, don Rubén Rivera, don Abraham Rivera, don An-

tonio Batres Jáuregui, don Esteban C. Roque, don Siméon Eduardo, don David A. Payés, don Ramón P. Molina, don Carlos Dárdano, don Francisco A. Reyes, don Jesús Díaz de León, don Rafael E. Chaves y don Francisco Cárdenas Rodríguez; los licenciados don J. Fermín Aycimena, don Manuel Diéguez, don Déciré Pector, don Joaquín B. Calvo, don Salvador Flamenco y don Enrique Guzmán y Valle; los bachilleres don Juan J. Láinez y don Adolfo Castro; y los señores don Carlos A. Imendia, don J. Joaquín Pérez, don Ismael Cerrena, don Anselmo Valdés, don Carlos G. Amézaga, don Ricardo Rossel, don Manuel Moncloa y Covarrubias, don Justo Zaragoza, don Carlos Gagini, don Marcelino Jaramillo Ortiz, don Antonio Macías, don Baltasar Parada, don Ezio Monjardino, don José Antonio Solórzano, don Ismael Enrique Arciniegas, don Carlos Fernando Shaw y don Vicente Linnes.

Los solos nombres de personalidades tan respetables y conocidas son una garantía elocuente del buen concepto en que se tiene nuestra Sociedad, tanto en el interior de la República como en el exterior, además de comprobarlo así los repetidos elogios que en sus contestaciones de aceptación han consignado y que el público ya conoce.

Figura como Socio Honorario el doctor don Esteban Castro, Ministro de Instrucción Pública, quien por sus méritos personales y por el entusiasmo con que ha acogido toda medida en favor de la So-

ciudad, es acreedor á tan señalada muestra de reconocimiento. "La Juventud Salvadoreña" agrada decidida por los muchos beneficios que ha recibido del doctor Castro, le consagra una vez más un voto de gracias, protestándole no olvidar conducta tan patriótica, inspirada en el verdadero bien.

La Sociedad envía, además, por mí medio, su expresión de gratitud al doctor don Fernando Gómez, Sub-Secretario de Gobernación y Guerra, quien ha prestado un valioso apoyo con marcado interés en favor del progreso y de la consecución de los altos fines de nuestra Academia.

Durante el año se han celebrado cuatro sesiones de la Junta Directiva y trece de la Junta General; de estas últimas nueve fueron extraordinarias. En todas las sesiones se han dictado medidas tendientes al mejoramiento de la Institución, cumpliendo en lo posible con las disposiciones de nuestros Estatutos y haciendo esfuerzos por salvar serias dificultades, para lo cual no se han omitido medios de parte de los miembros activos, lo que ha correspondido, en la mayoría de los casos, á las aspiraciones de la Corporación.

Han sido admitidos en el año varios socios activos y correspondientes, siendo los primeros los señores don Leopoldo A. Rodríguez, don Carlos Serpas, don Jeremías Martínez, don Arturo A. Ambroggi, y últimamente don Isaías Gamboa H., quien ha presentado ya á la Junta su discurso de recepción, habiéndose designado para que lo conteste al socio don Indalecio Zelaya. Muy luego ten-

drá, pués, la Sociedad un acto solemne, el que será una prueba más de vida activa en pro del adelanto.

A excepción del señor Ambrogí que no ha sido aún incorporado, todos los demás forman ya en el personal activo de la Sociedad.

Entre los socios corresponsales fueron admitidos los señores doctores don Nicanor Bolet Peraza, en Nueva York, y don Francisco Cárdenas Rodríguez, en San Vicente; los señores don Vicente Lines, en San José de Costa-Rica, y don Ismael Enrique Arciniegas, en Bucaramanga (Colombia), y la señorita Mary Springer, en Nueva York. Excepto el señor Arciniegas, todos los demás han contestado ya en términos bastante lisonjeros para la Sociedad, que aceptan gustosos el nombramiento, y en consecuencia se les ha remitido el diploma respectivo, acompañado de un ejemplar de los Estatutos vigentes.

Con motivo de la exposición internacional de Chicago, se recibió una excitativa del Ministerio de Fomento, para que se enviara una colección completa del periódico "La Juventud Salvadoreña," órgano de publicidad de nuestra Academia, y se aceptó con placer y entusiasmo dicha excitativa.

Fue aprobado así mismo el reglamento de la Biblioteca de la Sociedad, y se acordó que se publicara en el periódico, órgano de la misma, por lo que tengo á bien encareceros que no os olvidéis de dar cumplimiento á ese acuerdo que, indudablemente, es de mucha importancia. La buena organización de la Biblioteca es una

de las cosas de mayor interés, y sobre lo cual no debéis excusar los medios que se necesiten para conseguirlo.

La Juventud Salvadoreña sufrió una pérdida irreparable. La inspirada poetisa Antonia Galindo dejó de existir el 19 de mayo, formando un gran vacío en el seno de su familia que la llora inconsolable; en el seno de nuestra Sociedad que deplora eternamente su temprana muerte, tal vez cuando los nobles sentimientos de su ánimo y el fuego de su imaginación ardían y luchaban brotando de su cerebro fecundo, como siempre, en bellas estrofas, de pensamientos elevados, joyas inapreciables que enriquecen la poesía nacional.

La Academia de Ciencias y Bellas Letras, inspirada por los mismos sentimientos, significó también su duelo; en fin, la patria ha manifestado asimismo, por medio de la prensa toda, el pesar que siente el corazón generoso y noble cuando se alejan del concierto de la vida, esas almas que, como la de Antonia Galindo, agotan todas las fuerzas del espíritu y de la inteligencia en las luchas por el bien y por las glorias verdaderas.

Antonia Galindo, si es que los espíritus desde arriba observan y comprenden lo de abajo, debe gozar y sentirse tranquila por el tributo que, por los laureles que supo conquistarse, un pueblo viril le ha rendido, y especialmente la juventud.

En prueba de ello, nuestra Sociedad acordó publicar una *Corona fúnebre* en honra de su me-

moria, para lo cual el señor el señor Ministro de Instrucción Pública, doctor don Esteban Castro, puso su valioso contingente concediendo la publicación gratis en la Imprenta Nacional. Está reunido ya todo el material, y pronto el público verá una viva manifestación de dolor que el sentimiento juvenil consagra á los buenos.

Por circunstancias muy particulares que están en la conciencia de los socios, y de conformidad con el artículo 24 del Reglamento interior, se separó de la Sociedad al miembro activo don Carlos Serpas.

Medidas enérgicas que acrediten la honorabilidad y estrictez de una institución, que se ha formado con el objeto exclusivo de procurar el perfeccionamiento de sus miembros así en lo intelectual como en lo moral, no debe vacilarse ni un momento en tomarlas, si en ello, como así es, debe consistir la mejor nota conque se constituye para promover el adelanto positivo y servir á la sociedad en general de objeto digno de imitarse.

Asunto muy importante y que se ha recomendado tantas veces sin haber conseguido realizarlo por completo, es la reglamentación de las secciones en que según el artículo 30 de nuestros Estatutos, está dividida la Sociedad. Últimamente quedaron organizadas las Juntas Directivas de las secciones de Literatura y Ciencias Sociales y Políticas, como sigue: Presidente y Secretario de la primera, por su orden, los señores don Doroteo Fonseca y

don Jeremías Martínez; y Presidente y Secretario de la segunda, por su orden, los señores don Víctor M. Jerez y don Adrián García. Sólo la Junta Directiva de Ciencias Naturales y Matemáticas no ha podido organizarse por el número insuficiente de los socios que pertenecen á ella.

La trascendente importancia que tiene la reglamentación de las secciones en que está dividida la Sociedad, es de todos reconocida, y por lo mismo os repito de nuevo que pongáis especial celo en que esto se lleve á cabo lo más pronto que sea posible, empezando por exigir de una manera estricta los reglamentos respectivos, que no dudo, sin eso, los presentarán los señores electos hasta hoy, dado su entusiasmo por el buen nombre de nuestra Academia, como lo han comprobado en más de una ocasión.

Una vez reglamentadas, como se debe, dichas secciones, habrá conferencias públicas sobre temas importantes de ciencias y de literatura; el periódico que sirve de órgano de publicación adquirirá mayor seriedad, y por consiguiente, nuestra Academia conquistará el puesto á que aspira y á que está llamada, por muchas razones, ante el mundo civilizado.

Con respecto á los fondos con que cuenta la Sociedad, lo veréis en la memoria que debe presentaros el señor Tesorero, limitándome á deciros que el señor García merece los aplausos de todos vosotros por la honradez y acierto con que sabe desempeñar un cargo tan delicado.

La administración del periódico

co "La Juventud Salvadoreña" que pone en comunicación á la Sociedad con el mundo científico, ha sido muy bien servida por el activo socio don José María Gomar, quien ha hecho todos los esfuerzos indispensables para que la circulación de dicho periódico, sea extensa, así en todas las naciones de América como en las de Europa, y especialmente en nuestras Repúblicas hermanas de la América Central,—canjeándolo con las principales revistas y periódicos.

Aunque la publicación de nuestra revista no se ha verificado conforme al programa respectivo, por causas que la Sociedad no ha podido vencer, á pesar de los vigorosos esfuerzos que habéis hecho, hoy circula "La Juventud Salvadoreña" con puntualidad. Los mejores y más acreditados periódicos y revistas de ambos mundos han dedicado á "La Juventud Salvadoreña" párrafos muy encomiásticos que deben llenaros de aliento y confianza para no desmayar en vuestras labores.

Estando ya impresos los diplomas de la nueva edición, se acordó reponer, con éstos, los de todos los miembros activos y corresponsales.

Creo un acto de justicia, sobre todo, consignar una expresión de gratitud hacia el señor don Eusebio Bracamonte, Presidente actual de la Academia. El señor Bracamonte ha sabido captarse una vez más el aprecio de todos sus consocios por el interés marcado con que ha atendido á las necesidades de la Corporación, siendo él quien, con la influencia

de sus méritos, ha trabajado constantemente por mantenerla siempre en actividad.

Según veis, estimados consocios, por esta memoria que os presento, no pueden ser más halagadores los resultados de los trabajos de nuestra Sociedad en el año que acaba de terminar, tanto más si se atiende á las numerosas dificultades con que se ha tropezado con frecuencia. Por lo mismo comprenderéis que la firmeza y la constancia en la lucha eterna por el bien, son las virtudes que abren á la juventud las puertas del porvenir y de la gloria.

Estimados consocios: sed siempre firmes y constantes.

He dicho.

ALONSO REYES G.

YA NO PUEDO CANTAR.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO VÍCTOR M. JEREZ.

Cuando la bella luz de la alborada
Teñía el horizonte de zafir
Y bordaba con perlas de rocío
El monte y el jardín,
Al verla aparecer en el oriente
En carro de brillantes y rubí,
Me quejaba con ella y le decía
¿Ves? soy muy feliz.

Quebráronse sus rayos en el llanto
Que en mi infancia á torrentes derramé;
Porque la madre que me dió la vida
No arrulló mi niñez.
Bajó á la tumba el cuerpo de aquel ángel,
Que yo adoraba en forma de mujer,
Y su alma pura, aérea y vagorosa
Subió! subió al edén!

Ay! cuando el ángel se escondió en el cielo,
Desfibrando mi pobre corazón,
Henchida copa de amargura inmensa
El destino me dió.
Y desde entonces la existencia mía
La cimponzoña la esencia del dolor,
Veo sombras de muerte en el espacio
Y en el disco del sol.

Más tarde con sus bellas ilusiones
Me esenció la florida juventud;
Pero no aligeró con sus encantos

El peso de mi cruz.

Comprendí que el dolor era mi herencia,
Fijé mis ojos en el cielo azul,

Quise expresar mi angustia indefinible

Y pulsé mi luto.

¡Pobre ¡ah! sin notas argentinas

Que mi pesar continuo desentendió

¡Ya no te pulsaré! ¿que importa al mundo

Que expire un corazón?

La angustia del que llora, no lo duces,

Fasidia al que no sabe que es dolor:

Es cual la nube tempestuosa y negra

Que cubra el arrebol.

El gemido del alma sin ventura,

Si resuena en alegre festival,

Es toque de agonía que molesta

Al que gozando está;

Y como yo padeczo ¡tanto, tanto!

Y crece, y crece mi funesto afán

Y se extingue la voz en mi garganta

Ya no puedo cantar!

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, enero 8 de 1894.

LA EDUCACIÓN.

[Para la Juventud Salvadoreña.]

El desarrollo físico, intelectual y moral del niño es el objeto de todo trabajo educativo, y ese desarrollo debe ser armónico para que las facultades produzcan cuanto es de desearse.

En la infancia se encuentran las facultades en condición de poder alcanzar las mayores ventajas, y cumple al maestro entendido favorecer así á la sociedad y llenar satisfactoriamente sus importantes deberes. En lo relativo al desarrollo físico, la alimentación del niño debe ser sana, proporcionándole el suficiente ejercicio, habitación que reúna las mejores condiciones higiénicas y vestidos que lo pongan al abrigo del rigor

de las estaciones. En circunstancias tales, puede estudiar el alumno con placer é investigar con acierto, pues es cualidad suya la curiosidad, y ocasión muy oportuna se presenta para que la madre en horas de íntima y dulce plática, por medio de explicaciones cortas, comprensivas y exactas le trasmita los conocimientos, sin cargar su inteligencia con estudios rutinarios.

En cuanto á la educación moral debe proporcionarse, no por medio de un texto sino por el ejemplo que le den sus padres ó sus maestros, pues el niño adquiere las primeras costumbres que observa, y sabido es que jamás se olvidan las máximas que se enseñan en los primeros años.

Es indisputable la necesidad del desarrollo de las facultades enumeradas: la educación del niño principia desde el hogar, los encargados de ese cuidado tienen el deber primero de prepararlo convenientemente para las luchas de la vida; si tan sólo se ocupan de desarrollarle la inteligencia, encerrándole para ello en un colegio, sin tener en cuenta la falta de ejercicio y la mala alimentación, debilitarán sus energías y por consecuencia natural el ejercicio de su fuerza intelectual ya no contará con el apoyo de la buena salud. De aquí resulta que los trabajos escolares son pobres y que los niños se crían pálidos, raquíticos, con aspecto melancólico, como flores á quienes falta la provechosa lluvia primaveral; y debe recordarse que, aunque más tarde se quiera deshacer el mal ejecutado, ya no

es muy fácil, y de seguro sobrevendrá una juventud muy triste y una vejez demasiado achacosa.

Por otra parte, si los padres tan sólo cuidan del desarrollo físico del niño, dejándole saltar, correr y acostumbrándolo á ejercicios gimnásticos, á hacer paseos al aire libre y se le proporciona una alimentación sana y abundante, tendríase un ser robusto, pero sumamente ignorante, que no podría estar de una manera adecuada en sociedad, por falta de instrucción y por desconocer esos modales suaves y agradables, que tanto contribuyen á estrechar las relaciones y que hacen gratas y breves las horas de culta comunicación.

Por no fijarse en el desarrollo armónico anteriormente dicho, resultaría que el ser, envidiable por su parte física, sería constantemente causa de la pública censura, ya que no podría dominar sus malas inclinaciones.

Época propicia para fijar las bases de una buena educación es la de la niñez, durante ese período la madre, natural maestra de su hijo, tiene lugar bastante para depositar en el corazón la simiente de los principios morales y religiosos.

El niño que tiene armónicamente desarrolladas sus facultades, está perfectamente educado y su perfección es en beneficio de la sociedad; porque á ésta interesa mucho que sus elementos de progreso sean también elementos de moralidad, que preparen un bello porvenir!

Fulia Bertrand.

LEYENDO A HOMERO.

En mi amado retiro
Do siento deslizarse blandamente
Las raudas horas en incierto giro
Como las ondas de olvidada fuente;

Allí donde en contorno
Los libros vense del recinto frío,
Sirviendo al par á la mansión de adorno
Y de solaz al pensamiento mío;

“A solas, sin testigo,”
Doy libre rienda á mi genial deseo,
Y el libro busco como viejo amigo,
Y en su fiel confidencia me recreo.

Como mi mente busca
Del arte hermoso en la región serena,
No la embriaguez que la razón ofusca,
No el licor que las almas envenena,

Sino la luz sublime
Qué blandamente al corazón penetra,
De la escoria al espíritu redime
Y da oculto sentido á cada letra,

Huyo de las ficciones
En que arde impuro de la carne el fuego:
Y remontando tiempos y naciones
Del Arte heleno hasta las cumbres llevo,

Y del Cantor augusto,
Que ciego alumbra incógnitas edades
Las soberanas maravillas gusto
Y entre los Héroes ando y las Deidades.

Oigo el clamor agudo
Subir vibrando al ámbito vacío,
Choca el acero contra el fuerte escudo,
Corre la sangre en impetuoso río;

Desde el troyano muro
Las esposas contemplan con espanto
Crecer siniestro el torbellino oscuro
Y al bélico clamor juntan su llanto,

Y los ayes venciendo
De los que ruedan por el campo á miles

Pasa veloz, cual huracán horrendo
El grave carro del invicto Aquiles.

Mas súbito se apaga,
Cual fuego fátuo, la sublime escena.
Mi mente inquieta, soñadora y vaga
Desecha la ilusión que la enagena,

Y en medio á los despojos,
De fieros dardos bajo recia lluvia,
Ven asomar mis fascinados ojos
Llena de amor tu cabecita rubia.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

PANOPLIAS.

BEQUER.

Las ideas dominantes, los principios más fecundos en el sentido del perfeccionamiento y el modo de ser particular, que viene á reunirse en el modo de ser social, se encuentran expresados de una manera notable en la evolución literaria de una época y en las teorías aceptadas en un momento histórico determinado; y no podría verificarse de un modo distinto, pues el ramo literario presta mucha utilidad para llegar á conocer el grado de adelanto de un país, y por lo mismo, se aprecia la cultura de un escritor en virtud del atento análisis de lo que produce. Esto tiene su razón muy clara, pues existe en cada ser una propensión natural á manifestar sus ideas y á comunicar sus pensamientos; deseos ambos, que se juntan á muchos otros motivos de necesidad y de conveniencia, para mantener la sociedad, quizá por los fuertes víncu-

los de que habla Adán Smith,

Las formas bellas son las que ejercen mayor atractivo, y de ahí es que se prefieren para dar vida á lo que elaboran las actividades en el hermoso campo de los sentimientos, que ejercen una influencia poderosa en todos los órdenes.

En los ámplios dominios de lo bello, numerosas escuelas, y con ellas encontradas doctrinas, disputan acerca de los procedimientos más adecuados para obtener la seducción, que acarrea prosélitos, y el aparato necesario para alcanzar el deseado fin, que en último término es la perfección de los elementos humanos que, á no dudarlo, y mediante el esfuerzo combinado de la propaganda, se verá coronado por los mejores resultados.

Se busca esa belleza que arroba los entusiasmos en la descripción objetiva, exornada con las hermosas galas del lenguaje y embellecida por la fiel expresión de lo que se vé y de lo que se adivina, se trabaja afanosamente para que en cuanto sea posible se identifique el escritor con la cosa descrita. sea fiel en la expresión de los sentimientos y de las impresiones, llegando por estas vías al relato cabal de cuanto vivamente hirió su exaltada fantasía.

Hay una gran variedad en las emociones, ya sea que se tomen en cuenta los estados diversos del alma, los efectos naturales de los temperamentos ó las consecuencias ineludibles del medio ambiente ó de la especial educación recibida. A cada momento se observa el fenómeno psicológico de

que un acontecimiento presenciado por muchas personas, hasta en los más pequeños detalles, se relata de muy diversa manera, y se encuentra la explicación de esto, que tal vez parezca extraño, recordando que es desigual aun en el mismo individuo el desarrollo de las facultades que entran como factores indispensables en la actividad de la observación. La sutileza del ingenio, la serenidad del ánimo y el poco ó ningún interés que se tiene en negar los hechos ó en desfigurar lo que se ha verificado, son garantía firme de la verdad de lo que se relata,

Sorprende en muchas ocasiones la viveza que se sabe dar á una descripción y no se puede siempre exigir lo mismo; porque esto se encuentra modificado por numerosas circunstancias que no se pueden apreciar debidamente, sino colocándose el analista en el lugar que corresponde al escritor; y como esto no sea dable se emiten juicios que andan fuera de lo cierto.

La personalidad del escritor está en sus obras, hay que acudir á este medio que si se encuentra á menudo, también es necesario confesarlo se presta á interpretaciones torcidas y á juicios desacertados, pero descartando lo erróneo que pueda resultar ó lo extraviado que sea el procedimiento, hay que reconocer que á la expresión de las ideas va reunida la individualidad del pensador. En la revolución literaria de los últimos tiempos la figura simpática de Becquer tiene una atracción poderosa y ejerce un dominio incontrastable, por uno como embeleso que al-

canza sobre los espíritus: su poesía, en la que es nota saliente el subjetivismo, parece que satisface la ansiedad de las almas y corresponde á cierta melancolía de las imaginaciones soñadoras.

Victor M. Jerez.

(Continuará).

LÍNEAS

Á VÍCTOR M. JEREZ.

Salvadme de esta sombra cuyo seno
Es un caos de lúgubre tristeza ;
Poned la luz que se convierte en trueno,
Como áureo nimbo en torno á mi cabeza ;

Cambiad las cuerdas de mi pobre lira
Por cuerdas de oro en que al pulsarlas suene,
En lugar de la queja que suspira,
Un eco inmenso que el Olimpo llene ;

Llebadme á la alta cima. En sus crestones
Mostradme el cielo próximo á mi frente ;
Agrupad en mi sien los nubarrones,
¡ Y que la ronca tempestad reviente !

Pero rasgad mi adolorido pecho,
Buscad en él mi corazón cobarde,
Y ensangrentado y mil pedazos hecho
Lanzadlo al cráter del volcán que arde.

Así, ya muerto el que me dicta quejas,
Fuente ignorada de tristeza y llanto,
Perecerán las remembranzas viejas
De desventura, amor y desencanto.

Dadme luego la cítara de oro,
Y que sus cuerdas trémulas recojan
Las altas notas del eterno coro
Que á los espacios, retumbando, arrojan

El mar, que las horrísonas escalas
Recorre en sus inmensas soledades,
Y el huracán que lleva entre sus alas
Al genio de las roncadas tempestades.

Que entre el Pasado y el Presente rotas
Las duras cuerdas que á los dos enlazan,
Oiréis las fieras y soberbias notas
Cómo al gemido del dolor reemplazan.

Y el ave que solloza en la penumbra
Se hará condor que tenderá su vuelo
Al hondo azul en donde el sol alumbrá
Bajo la inmensa bóveda del cielo.

ISAÍAS GAMBOA H.

LA AMISTAD.

EN EL ALBUM DE UNA AMIGA.

Después de la sabiduría, miro
la amistad como el más rico presente
que nos hacen los dioses inmortales.

Cicerón.

Amistad ¡ Dulce palabra! vínculo santo, yo te venero. Sentimiento el más noble, el más puro, el más desinteresado, don del cielo, yo te admiro.

Es la amistad un afecto dulce y tranquilo que templá las aficciones de nuestra alma, que nos alienta y fortifica en todas nuestras desgracias, que nos anima en nuestros pesares, que nos infunde valor y confianza en las tenebrosas luchas de la vida.

La amistad, he dicho que es un sentimiento el más puro y voy á demostrarlo: porque no tiene nada de egoísta ni de avara; porque donde ella existe da cabida á otros sentimientos; no es tampoco efímera ni ligera porque no se alimenta de deseos, deseos que una vez satisfechos se pierde el entusiasmo. No, la amistad es un dón del cielo nacido con el hombre; forma parte de su sér. Apenas éste empieza á modular pequeñas frases y ya su alma necesita expansión, ya su corazón busca otro corazón igual al suyo para darle vuelo á sus impresiones.

En la infancia cuán bello aspecto presenta la amistad! No se sabe aun el porqué de las cosas, no se tiene la comprensión necesaria para distinguir el bien del mal, lo bueno de lo malo; pero sí para ver y discernir quién bien nos quiere, cuál pupila nos mira con amor. La amistad que empieza desde la infancia es la más durable, es la más tierna en la adolescencia, en la juventud y creo que aun en la edad madura; y en la ancianidad, también se recuerdan con placer y regocijo los ensueños, las impresiones de la infancia. Entre las cosas bellas y gratas de la vida, una de ellas, de las más dulces, creo es la vuelta á la patria y el encuentro de la persona amiga después de dilatada separación. Qué de abrazos y de besos!... qué de dulces sensaciones y de francas confidencias, qué de tiernas pláticas! La vuelta á la patria y el encuentro de la persona amiga, creo que no tienen igual grado de sublimidad.

La amistad, amiga mía, como yo la comprendo, es muy bella, como yo la siento es grande, no tiene nada de egoísta ni de ligera; el interés la enloda y hace que se aleje, porque donde el interés existe no hay, no puede haber verdadera amistad. Por eso se ha dicho y no sin fundamento, que es un sentimiento más puro que el amor, porque éste lleva siempre por norte una aspiración material, bien adquirir riquezas, fortuna, honores ó también la satisfacción de deseos puramente materiales, que, satisfechos esos deseos, esas aspiraciones, puede desaparecer el amor.

Esa es, amiga mía, la opinión de algunas autoridades competentes en la materia, de algunos autores conocedores del corazón humano, yo no creo eso, yo diría que cuando el amor es verdadero, cuando es un trasunto del cielo, una predestinación, no puede desaparecer; pero mi humildísimo juicio no vale nada ¡adelante!

La amistad en sí, es pura como la sonrisa del ángel tutelar de la leyenda, casta como una virgen de Ossián, tierna cual la mirada azul de púdica doncella que tiende sus vaporosas alas sobre el mundo; esa es la amistad que yo amo y venero, la que está libre de recriminaciones y exenta de exigencias.

Muchos dan la palabra de amigos á todo el mundo y confunden así las relaciones sociales y de mera fórmula, con las relaciones de verdadera amistad. Relaciones debidas al acaso ó á las circunstancias, no pueden ser relaciones de amistad pura y verdadera: y llegan en su necio error á negar un sentimiento tan grande, un don del cielo que el gran Cicerón colocaba como el segundo, diciendo: "*que sólo la sabiduría era mayor que la amistad*"; pero los que niegan su existencia se dejan llevar por el carácter de nuestra época; época en que el rudo materialismo nos ha invadido desgraciadamente, que no concibe otros lazos ni otras alianzas, sino las que dan utilidad palpable, amistades que con el cambio de circunstancias cambian y mueren.

La amistad, es un bálsamo para las heridas del alma. Grandes son los ejemplos de la amistad en

todos los tiempos.

María al pié de la cruz, en el amarguísimo trance de la muerte de su adorado hijo, encontró corazones amigos que enjugasen sus lágrimas, que tomaran parte activa en su pesar; y la solitaria paloma de los perfumados valles del Líbano y Zabulón, la alondra de Sión al verse sola en el mundo, al tender la vista por aquel tenebroso espectáculo viose rodeada de amigas que lloraban con ella, y de Juan que fué desde entonces su amigo inseparable hasta en su última hora.

En el destierro perdió á su amiga íntima la enamorada castellana de Mágdalo y la amistad sincera de Juan fué el blanco lienzo que enjugó aquellas lágrimas que volvían á marchitar el bello rostro de la Azucena de Nazaret.

Cuán bella es la amistad, en sus brazos olvidanse los azares de la vida y los infortunios de la suerte, pero la amistad sincera y leal. Cuán dulce es reclinar la cabeza abatida por mil siniestros pensamientos en un pecho amigo, compartir así el goce como el pesar. Pero hoy ¡ah! qué mal se entiende la amistad, qué pocos amigos se encuentran, y á pesar de ello vemos con frecuencia dar el sacrosanto dictado de amigos á seres á quienes se está muy lejos de apreciar como tales.

No creas por esto que dejo dicho, mi dulce amiga, que yo dudo de la amistad, que he recogido decepciones y he llegado á ser esceptica, no; yo hablo de la amistad en un sentido general, yo no sé exigir nada en la amistad.

Queriendo complacer tus bue-

nos deseos de que pusiera mi humilde nombre en tu libro de memorias, quise consagar unas páginas á la amistad como más propia de él. Yo bien hubiera podido dejar en él algo así como lágrimas, recuerdos, suspiros, también una historia de amor de muchas que sé, un idilio de placer, un ensueño, un desengaño y también una esperanza; ¿pero qué significación podrían hallar los que lean tu libro en la historia de este pobre corazón?, ¿qué les importaría de mis sufrimientos de mis lágrimas y pesares? se reirían y yo no quiero arrancar ni compasión ni risas. Ahora, hablarte de mis pesares á tí, bella y espiritual amiga mía, sería un borrón en tu libro, dejar en él sollozos y dolores sería impropio ¿á qué entristecer tu vida con la monótona relación de mis pesares é infortunios? para qué nublar tus lindos y decidores ojos con las torturas de mi alma?, no; eres dichosa, eres feliz y yo no quiero nublar tu dicha, tu felicidad.

Acepta estas cortas líneas ajenas á toda significación y busca sólo en ellas el sincero y leal corazón de tu invariable amiga.

MARÍA GUADALUPE REYES.

LAS AZUCENAS.

I

hermosa estación de los amores
De la fe virginal y la esperanza,
Yo acostumbraba, al declinar la tarde,
Recorrer el jardín con mi adorada.

Recuerdo que las flores, envidiosas,
Al pasar á su lado nos miraban,
Y que á la frente de mi amor divino
Subían besos de azucenas blancas.

II

En la helada estación del desengaño
En la que todo muere y todo pasa,
Quise otra vez volver á esos lugares,
No ya en busca de amor sino de lágrimas.

Y recuerdo que al verme, enternecidas,
Aquellas pobres azucenas blancas,
Tristemente plegaban sus corolas
Y viéndome llorar también lloraban.

ERNESTO LEÓN GÓMEZ.

PARA UNA LIMENA

Del libro inédito "COBRES."

Por un grabado al crayón del maestro Lozano, en una revista de arte, conozco tu talante regio ¡oh linda andaluza de Lima, la bella, la hechicera!

El lápiz, fino, aristocrático, ha marcado con bizarría, tus líneas estatuarias.

El fondo de tu ojo es negro, negro como el fondo de una noche chiclayana. Tu boca, cuyos labios virginales se entreabren tímidamente como para recibir un ideal beso de amor, es tentadora....

¡Oh linda andaluza de Lima!
¡Oh manola esplendente!

Deja que tu cabellera negra caiga en matas espesas sobre tu hombro marmóreo; cubre tu melena con la mantilla.

¿Recordáis las lindas seguidillas que, para una de vosotras, reina colibrí, hizo Salvador Rueda? Salvador, mi amigo, es tu admirador, porque halla en tí semejanzas con sus compatriotas. Escribió versos para tus ojos, versos para tu boca, versos para tu pié diminuto, que oprime sanda-

lia de seda que pisa las azucenas
sin estrujarlas!

¡Linda sevillana del Rimac! Y
como apareces musa, diosa, entre
la música de la seguidilla, que gime,
que ríe, y que hace desfallecer de goce!

¿Dó está la pandera que pulsara
tu amado, mientras tus "pasos"
avasallaban las almas?

Arroja á un lado el manto de burato
que te hace semejar novicia y rodea
tu cintura ondulante con el mantón
madrileño; abre un poco más los labios,
y que entre el rosa vivo y la perla
desfalleciente juegue una divina sonrisa;
hazte el moño y préndele en lo alto
un clavel purpúreo y
¡oh! al verte todo mortal prorrumpirá
en palmadas y el ¡olé! brotará de los
labios, lleno de vida y de luz desbordante,
bajo el cielo azul de Lima, á las orillas
del Rimac, en el Perú, que es la Andalucía
de nuestra América.

ARTURO A. AMBROGI.

NOTAS.

I

Los aromas de las flores
Son plegarias inefables,
Que la virgen de los prados
Canta alegre en el follaje.

* * *

Los acentos misteriosos
De ternura delirante,
Son los ayes de las almas
Que nacieron para amarse.

* * *

Tu eres virgen de los prados,
Cantas versos celestiales:
¡Entonemos vida mía
El Cantar de los Cantares . . . !

II

Tus labios tienen expresión tan dulce,
Que vibra en ellos del placer la nota;
Algo del aria matinal del ave,
Del tierno arrullo de la verde fronda,

* * *

Tú sonríes, y tienen tus sonrisas
El encanto celeste de las diosas,
Y en el bello fulgor de tu inocencia
Hay altivez olímpica de aurora.

* * *

Yo sonrío, pero hay en mis sonrisas
La amarga contracción de la congoja;
El profundo lamento del que sufre
La pena del amor abrumadora!

III

Pude creer un día
En la dulce verdad de tus palabras,
En la miel inefable que despiden
Las risueñas y locas esperanzas;
En las vagas promesas
Que el dios de los amores nos dictara,
En la púdica virgen de los sueños,
Hermosa como el sol de la mañana;
En los tiernos suspiros, delirantes,
Aliento misterioso de las almas,
En todo lo que arroba y embelesa,
En todo lo que irradia y lo que canta;
Pero triste de mí! que nunca supe
Que acaso había una tiniebla helada;
Que después de la luz de los ensueños,
Viene la noche; decepción amarga!

IV

Fué nuestro amor la ciega idolatría
Que unió con el delirio nuestras almas,
El célico poder de los espíritus,
La mágica atracción de la esperanza.

* * *

El anhelo infinito de la vida,
El perfume dulcísimo que exhalan
El ángel tutelar de los ensueños,
La púdica ilusión de la alborada.

* * *

Un fuego inexplicable y misterioso,
Una vaga impulsión como de ansias,
Un férvido concierto de suspiros,
Y también . . . muchas lágrimas!

J. M.

S. S.—1893.

GEÓRGICAS. [I]

Fué por el tiempo de las majas, en que la rubia espiga tendida en las éras cruje blandamente, amortizando el golpe del *mallo*, cuando empezó la discordia entre los del tío Ambrosio Lebríña y los del tío Juan Raposo.

Sucedió que todo el Julio había sido aquel año un condenado mes de agua, y que sólo á primeros de Agosto despejó el cielo y se metió calor, el calor seco y vivo que ayuda á la faena. "Hay que majar, que ya andan las canículas por el aire", decían los labriegos; y el tío Raposo pidió al tío Lebríña que le ayudase en la labor. Este ruego envolvía implícitamente el compromiso de que á su vez Raposo ayudaría á Lebríña, según se acostumbra entre aldeanos.

No obstante, llegado el momento de la maja de Lebríña, el socarrón de Raposo escurrió el bulto, pretextando enfermedades de sus hijos, ocupaciones; en plata, disculpas de mal pagador. Lebríña indignado de la jugarreta, tuvo con Raposo unas palabras más altas que otras en el atrio de la iglesia, el domingo á la salida de la misa. Por la tarde, en la Romería, Andrés, el mayor de Lebríña, después de beber unos tragos, se encontró con Chinto, el mayor de Raposo, y requi-

riendo la *moca* ó porra claveteada, miráronse de soslayo, como si fueran á santiguarse..... pero no hubo más entonces.

Vivían las familias de Lebríña y Raposo pared por medio, en dos casas gemelas, que el señor había mandado edificar de nuevo para dos lugarcitos muy redondos. Al recogerse aquel domingo, mientras los hombres, gruñones y enfurruñados, mascullaban la ira, las mujeres, sacando á la puerta los *tallos* ó asientos hechos de un tronco, se disponían á pasar las primeras horas de la noche al fresco. En vez de armar tertulia con las vecinas, cada bando afectó situarse lo más lejos que permitía la estrechez de los corrales. La tía Raposo y su hija Juliana, que tenían fama de mordaces y satíricas, tomaron sus panderetas é improvisaron una triada muy injuriosa; en substancia, venía á decir que en casa de Lebríña los hombres eran hembras y las mujeres machos bigotudos. Es de advertirse que los Lebríñas debían su apodo, convertido en apellido ya, á cierta manse-dumbre tradicional en los varones de la familia; y también conviene saber que Aura Lebríña, moza soltera de unos veinticinco años de edad, lucía sobre sus gruesos y encendidos labios un pronunciado bozo obscuro. Aura no sabía improvisar como las Raposos; pero ni tarda ni perezosa recogió el guante, y en prosa vil las soltó una carretada de desvergüenzas gordas, mezcladas con maldiciones á los hombres, gallinas cluecas, que no tenían alma para cosa ninguna. Al oír la

(1) Escrito este cuento, que se funda en hechos reales, pareció en que se asemejaba en un asunto á otro asunto de Tolstoy. Me anticipo á declararlo y veo en ello una prueba más de la semejanza que siempre noté entre el campesino Ruso y el de mi tierra. (Nota de la Autora).

pauliña de Aura, el tío Ambrosio asomó la nariz, y empujando á su hija por los hombros la hizo retirar, mientras las de Raposo la perseguían con puyas irónicas.

Pocos días después, yendo Chinto Raposo armado de *gavilo*, á cortar tojo en el monte, vió á Aura Lebríña que cuidaba su vaca en una heredad de maíz. Aunque tostada del sol como la heroína de los cantares, y aunque de boca sombreada y recias formas, la moza no era despreciable, y al mozo se le ocurrió burlarla, más tentado por el fino gusto de pisotear á los Lebríñas que por los atractivos de la pastora. Y avínole mal, porque en el País Galiciano, la mujer, hecha á trabajos tan rudos como el hombre, le iguala en fuerza física, y á veces le supera y en el juego de la lucha no es raro el caso de que salgan vencedoras las mujeres. Sin más armas que sus puños, Aura sujetó á Chinto y le dió una paliza con el mango de la guadaña, mientras la vaca, pendiente el bocado de hierba entre los bellos, fijaba en el grupo sus ojazos pensativos. Molido y humillado, Chinto Raposo se vengó cobardemente: aprovechó un descuido de Aura, y metiéndola de pronto la mano en la boca y apartando con violencia los dedos pulgar é índice, rasgó las comisuras de los labios. La sorpresa y el dolor paralizaron un instante á la amazona, y Chinto pudo huír.

Todo el día lloriqueó la muchacha desesperadamente, porque el eterno femenino salta también de entre los terrones, y la infeliz temía quedar desfigurada. Las

malditas comadres de las Raposo, desde su puerta se mofaban de Aura sin compasión, apodándola *Boca rota*, y Aura, en sorda voz, murmuraba que, si se había concluído ya la casta de los hombres, saldrían á plaza las mujeres, y se vería lo que eran capaces de hacer.

Andrés Lebríña, muy descolocado, oía á su hermana y callaba como un muerto. Estos silencios cerrados son de mal agüero en las personas pacíficas. Sin embargo, pasó una semana, las heridas de Aura empezaron á cicatrizar, y las Raposos, más insolente que nunca, se reían en público de toda la casta de Lebríña. El día de la feria, Chinto Raposo cargó un carro de repollos, y bajó á la Ciudad á venderlo. Regresaba, anochecido ya, algo chispón, con el carro vacío, y al sepultarse en uno de esos caminos hondos y angostos, limitados por los surcos de la llanta, recibió á traición un golpe en el duro cráneo, y luego otro, que le derribó aturdido como un buey. En medio de su desvanecimiento sintió confusamente que algo muy pesado y duro le oprinía el pecho: eran unos zuecos de álamo, con tachuelas, bailando el pateado sobre su esternón.

Cuando suceden estas cosas en la aldea, en verdad os digo que rara vez pasa el asunto á los tribunales. El labriego, por una parcelilla de terreno, por un tronco de pino, por un puñado de castañas, se apresurará en acudir á la justicia: la propiedad entiendo él que ha de defenderse por las vías legales; pero la seguri-

dad personal es cuenta de cada quisque: contra palos, palos, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. En la aldea, el que más y el que menos tiene sobre su alma una buena ración de leña administrada al prójimo; y nadie quiere habérselas con Escribanos. Procuradores y Jueces, negras aves fatídicas, que traen la miseria entre su corvo pico.

Antes de que Chinto Raposo pudiese levantarse de la cama, donde permanecía arrojando en abundancia bocanadas de sangre, sus dos hermanos menores, Román y Duardos, le habían jurado la *vendetta*. Andrés Lebríña, por su parte, trataba de esconderse; pero el labriego ha de salir sin remedio á su trabajo, y la fatalidad quiso que le llamasen á jornal en la carretera en construcción, á donde también acudían los Raposos. Éstos velaron á su enemigo, como el cazador á la perdiz, y aprovechándose de una disputa que se alzó entre los jornaleros, arrojaron á Andrés sobre un montón de piedra sin partir, y con otra piedra le machacaron la sién. Se formó causa, pero faltó prueba testifical; nadie declara nada, nadie ha visto nada en tales casos. El señor Abad de la Parroquia de Tameige, rezó unos responsos sobre el muerto, y hubo una cruz más en el Campo Santo: negra, torcida, con letras blancas.

El golpe aplanó completamente á los Lebríñas. Ellos eran gente apocada, resignada, y sólo á fuerza de indignación y ultrajes había salido de sus casillas Andrés. También los Raposos,

astutos en medio de su barbarie, creyeron que después de suprimir á un hombre les convenía estarse callados y quietos, por lo cual cesaron completamente las provocaciones é inectivas de las mujeres desde la puerta.

Sin embargo, había alguien que no olvidaba al que se pudría bajo la cruz negra del Cementerio: Aura, la hermana, la que se había llevado toda la virilidad de la familia. Vestía de luto, de pié en el umbral de su casucha, ronca á fuerza de llorar, lanzaba á la casa de los Raposos ardientes miradas de reto y maldición. Y sucedió que al verano siguiente, cuando la cosecha recogida ya prometía abundancia, una noche, sin saberse porque, prendióse fuego al pajar de Raposo y á la vez aparecieron ardiendo el cobertizo, el horno y la vivienda. Los Raposos, aunque dormían como marmotas al descubrirse el fuego pudieron salvar, sufriendo varias quemaduras; sólo á uno de los hijos, Román, el que pasaba por autor material de la muerte de Andrés Lebríña, se le encontró carbonizado, sin que nadie comprendiese cómo un mozo tan ágil, no supo librarse del incendio.

Aquí tienen ustedes lo que pasó en la feligresía de San Martín de Tameige, por no querer los Raposos ayudar á los Lebríñas en la faena de la maja!

Emilia Pardo Bazán.

El último pensamiento de Weber

Vírgenes, escuchad! aquel que era
 Orgullo de la patria de Bethoven
 Canta cual cisne por la vez postrera
 Inspirado, feliz, artista y joven:
 Su fin presente y trémula su mano,
 Como las rosas que arrebata el viento,
 Esparce melancólico en el piano
 El último y divino pensamiento
 "Cuán triste es ver pasar nuestra existencia
 Como el aroma de la flor querida,
 En un rayo de luz volar la esencia
 Y en un golpe de tos volar la vida"
 "Por qué ha de durar solo una hora
 La inspiración que en mi cerebro arde,
 Nacida con los rayos de la aurora
 Y muerta con los rayos de la tarde?
 "Adios, mujeres, flores y sonrisas,
 Adios sonidos, músicas suaves,
 Ecos que despiertan con las brisas,
 Voces que se adormecen con las aves!
 "Ciñeme, muerte, ya, tu mustia palma;
 Nacer para dormir fué mi delito
 Y ya siento en los poros de mi alma
 Ese frio sutil de lo infinito"
 Dice y á Dios su espíritu ha entregado
 Y como vaga en el altar perdido
 El incienso fugaz, sobre el teclado
 Queda vagando huérfano el sonido.

M. SÁNCHEZ PESQUERA.

ESTANCIAS.

Este es el muro, y en la ventana,
 Que tiene un marco de enredadera,
 Dejé mis versos una mañana,
 Una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
 Con frase ingénuas cuitas de amores;
 Dejé mis versos que al otro día
 Su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,
 En aquel sitio de aquel sendero,
 Ella me dijo con voz muy queda:
 "Tú no comprendes lo que te quiero".

Junto á las tapias de aquel molino,
 Bajo la sombra de aquellas vides,
 Cuando el carruaje tomó el camino,
 Gritó llorando: "¡ Que no me olvides!"

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
 Sitios umbrosos, fresco emparrado,
 Gala de un muro de tosca piedra;
 Y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
 Entre las ramas hay otras flores;
 Hay nuevas hojas y nuevos nidos,
 Y en nuestras almas, nuevos amores.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

ACTAS

JUNTA GENERAL.

Sesión ordinaria de la Junta General, celebrada el 1.º de Octubre de 1893.

Concurrieron los socios Presidente Bracamonte, 2.º Vocal Zelaya, Fiscal Rodríguez, Tesorero García, Gomar (don Juan), Jerez, Gomar (D. José María) y Secretarios Reyes G. y Martínez.

Leída el acta de la sesión anterior fué aprobada.

Fueron aceptados, como socio activo, el señor don Isaías Gamboa H.; y como corresponsales, la señorita Mary Springer, en New-York, y el señor don Ismael Enrique Arciniegas, en Bucaramanga (Colombia).

Se autorizó al Tesorero para pagar cincuenta pesos, por valor de la impresión del último número de "La Juventud Salvadoreña", editado en la Tipografía Católica de la Nueva San Salvador.

A propuesta del Administrador del periódico, señor Gomar (don José María), se acordó fijar como precio de venta por cada número del mismo doce y medio centavos, y por suscripción anual, un peso veinticinco centavos.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente

Alonso Reyes G.,
1er. Secretario.

Sesión extraordinaria de la Junta General, celebrada el 3 de Diciembre de 1893.

Asistieron los socios: Presidente Bracamonte, 2º Vocal Zelaya, Tesorero García, Gomar (don Juan), Fonseca, Gomar (don José María) y 1º Secretario Reyes G.

Leída el acta de la sesión anterior fué aprobada.

El ex-Secretario señor Fonseca dió cuenta con las contestaciones de los nuevos corresponsales admitidos; y, leídas que fueron, se acordó su publicación en el periódico, órgano de la Sociedad

Estando incompleto el personal de la Junta Directiva, por hallarse ausentes de una manera indefinida el 1º Vocal señor Masferrer y el 2º Secretario señor Martínez; y siendo necesario autorizar los diplomas que han de enviarse á los nuevos socios corresponsales, se acordó nombrar accidentalmente en lugar de aquellos á los socios don Doroteo Fonseca y don José María Gomar, respectivamente.

A moción del socio Fonseca se acordó cambiar por otros de la

nueva edición todos los diplomas antes de ahora extendidos por la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña."

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1er. Secretario.

Sesión ordinaria de la Junta General de "La Juventud Salvadoreña," celebrada el 28 de Enero de 1894.

Asistieron los socios Presidente Bracamonte, Gomar (don Juan), Jerez, Gomar (don José María), Bayona, Fonseca y Secretarios Reyes G. y Martínez.

Leída el acta de la sesión anterior, fué aprobada.

La Secretaría dió cuenta de las disposiciones dictadas por la Junta Directiva.

También dió cuenta del telegrama que el señor Presidente Bracamonte dirigió al socio corresponsal Doctor don Francisco C. Rodríguez para que representara á "La Juventud Salvadoreña" y pronunciara una oración fúnebre en el acto de la inhumación de los restos del notable orador y literato Doctor don Manuel Herrera, muerto en San Vicente en el mes de Diciembre último, y de la contestación del señor Doctor Rodríguez, quien manifestó que por motivo de enfermedad no podía desempeñar dicha comisión.

El 1º Secretario Reyes G. leyó la memoria de los trabajos de la Sociedad, durante el año próximo pasado; y discutida su redacción

fué aprobada, habiéndose denegado antes la petición que hizo el Presidente Bracamonte para que se suprimiera el párrafo que á él se refiere.

Fueron admitidos como socios activos los señores Doctor don Francisco Argueta Vargas, don Silverio Angulo Lewis y don Joaquín Zaldívar; y como corresponsales, los señores don Leonidas Pallares Arteta, en Quito, y Doctor don Santiago Key Ayala, en Caracas.

A moción del Presidente Bracamonte, se acordó: 1º Que la disposición del artículo 13 nº 7º del Reglamento de la Revista de la Sociedad, en virtud de la cual se envía esta gratis á varios altos funcionarios, se haga extensiva á los señores Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, lo mismo que á los Directores de Colegios y Escuelas Superiores de varones y de niñas de la República; y 2º Que á fin de evitar las dificultades que á veces hay para celebrar Junta General, por falta del número de socios activos que determinan los Estatutos, se prescinda del voto de los que de una manera indefinida se hallen ausentes, y se considere á éstos, mientras dure su ausencia, como corresponsales.

De conformidad con los Estatutos se procedió á renovar la Junta Directiva de la Sociedad; y no habiéndose admitido la renuncia que hizo el socio Bracamonte del cargo de Presidente, para el cual fué reelecto, quedó organizada dicha Junta, de la manera que sigue:

Presidente don Eusebio Bracamonte.

1.º Vocal „ Víctor M. Jerez.
2.º „ „ Doroteo Fonseca
Fiscal „ Juan Gomar.
Tesorero „ Adrián García.
1.º Secretario „ Alonso Reyes G.
2.º „ „ Jeremías Martínez

Se dió posesión á los electos de sus respectivos cargos, tomándoles previamente la protesta reglamentaria.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1.º Secretario.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión ordinaria de la Junta Directiva, celebrada el 24 de Septiembre de 1893.

Asistieron: Presidente Bracamonte, 2º Vocal Zelaya, Tesorero García y Secretarios Reyes G. y Martínez.

Leída el acta de la sesión, fué aprobada.

Se aprobó el gasto de veintitres pesos cincuenta centavos, hecho en la compra de varios muebles y útiles de escritorio.

Fueron aceptados, como socio activo, el señor don Isaías Gamboa H., propuesto por el socio Zelaya, y como corresponsales, á propuesta del socio Fonseca, la señorita Mary Springer, en New-York, y el señor don Ismael En-

rique Arciniegas, en Bucaramanga (Colombia)

Se nombró Bibliotecario al socio don Doroteo Fonseca, en lugar del socio don Juan Antonio Solórzano, quien se halla ausente de la República.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1er. Secretario.

Sesión extraordinaria de la Junta Directiva celebrada el 3 de Enero de 1894.

Asistieron: Presidente Bracamonte, 2º Vocal Zelaya, 1er. Secretario Reyes G. y 2º Secretario accidental Gomar (don José María).

Leída el acta de la sesión anterior, fué aprobada.

Se leyó el discurso de entrada presentado por el nuevo socio activo don Isaías Gamboa H.; y dispensados los demás trámites reglamentarios, fue designado para contestarlo el socio don Indalecio Zelaya.

Fueron aceptados, como socios activos, los señores Doctor don Francisco Argueta Vargas, don Silverio Angulo Lewis y don Joaquín Zaldívar, propuesto el primero por los socios Fonseca y Reyes G., el segundo por el mismo socio Reyes G. y el tercero, por el socio Gomar (don José María); y como corresponsales, los señores don Leonidas Pallares Arteta, en Quito, y Doctor don Santiago Key Ayaía, en Caracas, pro-

puesto el primero por el socio Bracamonte, y el segundo, por el socio Zelaya.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1er. Secretario.

NOTAS.

Miguel Angel.

UN RASGO DE SU VIDA.

Tomamos de la biografía de este ilustre pintor del siglo XVI el siguiente pasaje, pues tal vez será desconocido de algunos:

Un día en el año de gracia de 1515, volvía un pescador veneciano de su ocupación ordinaria, y saltando á tierra delante del palacio de San Marcos, atravesó su célebre plaza y se detuvo á la puerta de una hostería, sobre la cual se hallaba rudamente delineado el león emblemático de Venecia.

La estatura del joven era elevada, su cuerpo simétrico y robusto, y sus facciones regulares. Su rostro, quemado por el sol, presentaba aquella expresión de fuerza é inteligencia que frecuentemente se observa en los habitantes del bello clima de Italia; pero el lustre de sus ojos había desaparecido, y la ancha frente del gondolero daba indicios de su padecer.

Al entrar en la hostería percibió, en uno de los rincones más oscuros de la sala, á un extranjero que parecía sumido en una profunda meditación. Su traje era de una extremada sencillez. Un justillo con calzón y medias de terciopelo negro cubrían sus fornidos miem-

bros, y un bonete de seda atado debajo de la barba, según la moda de aquellos tiempos, ocultaba en parte su cabello espeso y rizado, dejando escapar algunos mechones canosos que caían descuidadamente sobre el cuello.

—Grannetti—dijo el golontero, dirigiéndose á un hombre tosco y corpulento que paseaba silenciosamente por la sala—¿persistís aún en vuestra negativa?

—Sí—respondió el veneciano.

—Sin duda soy demasiado pobre para ser vuestro yerno—repuso el golontero. —Antes de atender á la felicidad de vuestra hija, pensáis en su fortuna. ¿Será preciso, Grannetti, que para influir en vuestra decisión os recuerde la gratitud que me debéis? ¿Habéis olvidado que os salvé la vida en la batalla de Lepanto, cuando Venecia armó hasta sus mujeres para defender la República contra los ataques de Barbarroja? ¿Ignoráis acaso que María y yo nos hemos criado juntos, que juramos desde la infancia vivir el uno para el otro, y que estos juramentos fueron renovados cuando el tiempo dió fuerza y constancia á nuestro cariño? ¿Queréis hacernos á ambos desgraciados? ¿Sois acaso el Dux para tener ideas tan ambiciosas, ó un patricio para ser tan ingrato?

—No, Barberigo, pero soy rico.

—Y yo también lo seré, Grannetti. Tengo un brazo fuerte, un corazón atrevido, juventud y confianza en Dios. La fortuna acaso un día se posará sobre mi góndola.

—Castillos en el aire—dijo el posadero.

—¿Quién sabe?—respondió el joven.

—Lorenzo de Médicis, fué mercader; Francisco Esforzia, fué pastor, ¿por qué

no he de llegar yo con el tiempo á ser general?

—Porque la fortuna burla á un millón de individuos por cada tres que favorece. Finalmente, no quiero tener por yerno á un hombre que por toda fortuna posee sólo un esquife.

—Y por eso preferiréis casar á vuestra hija con el infame Santini, cuyo cabello ha encanecido en toda clase de maldades, y á quien ella aborrece de muerte; viejo libertino y audaz, cuya decrepitud hace aún más hediondos y detestables sus vicios.

—Verdad es; pero 2,000 ducados que ha ofrecido darme el día de la boda, no son de perder.

—¡Miserable, y por esa suma pretendéis vender á María!

El forastero, que había escuchado atentamente la conversación de los dos venecianos, se levantó, y dando una palmada en el hombro á Barberigo.

—Golontero—le dijo:

—María será tuya.

—Nunca—repuso vivamente el posadero.

—¿Nunca, eh? Y si este joven os presentase, no 2,000 ducados sino 2,000 doblones, como regalo de boda, ¿le rehusarías la mano de vuestra hija?

—¡Oh! en ese caso Barberigo sería mi yerno, y desde luego firmaría yo gustoso el contrato; pero considerad, señor, que este pobre muchacho no posee en el mundo otra cosa que las cuatro tablas de su esquife, y á no ser que tuviese la fortuna de encontrar el anillo del Dux.

—Sin depender de tan remota casualidad podrá muy en breve disponer de dicha suma.

—¿Pero de dónde ha de sacarla, señor?—exclamó el atónito gondolero.

—No de mi bolsillo, mi buen amigo, —respondió el desconocido,—pues en este momento soy más pobre que un lazaroni: Hay tanta miseria que remediar desde Florencia á Venecia, que me he quedado sin un zequí. Pero nada temas: mi pobreza es hermana de la opulencia, y el arte que profeso llena mi bolsillo tan fácilmente como lo vacía la caridad.

Dicho esto, el forastero abrió una cartera que llevaba consigo, sacó de ella un pergamino, y extendiéndolo sobre la mesa dibujó en pocos minutos una mano con tan exquisita perfección, que el gondolero, aunque ignorante en materia de artes, no pudo contener un grito de sorpresa.

—Toma—dijo el desconocido artista dándole el dibujo—lleva este pergamino al cardenal Pietro Bembo, á quien hallarás en el Palacio de San Marcos, y dile que un pintor que necesita dinero desea venderlo por dos mil doblones.

—¡Dos mil doblones!—exclamó el posadero—¡qué barbaridad! Este hombre es un necio ó está loco. . . . no daría yo un zequí por el tal pergamino.

Sin embargo, el gondolero partió y antes de una hora estaba de vuelta con la suma exigida por el pintor, y además una carta en que el secretario del Papa León X suplicaba al artista le honrase con una visita.

El día siguiente María y Barberigo recibieron la bendición nupcial en la iglesia de San Esteban. El desconocido quiso ser testigo del principio de su ventura asistiendo á la ceremonia, y cuando el gondolero lleno de gratitud le rogó que le dijese su nombre, respondió aquel que se llamaba Miguel Angel.

Veinte años después de esta pequeña

aventura, el gondolero era el general de la República Antonio Barberigo.

La muerte de Ofelia.

Hamlet, bajo el disfraz de la locura,
Mordido por deseos de venganza,
Al abismo del crimen firme avanza,
Y rechaza tu amor, pobre criatura!
Tu alma herida se inunda de amargura,
Del delirio en el piélagos se lanza
Y hallas, roto el cristal de tu esperanza,
En las ondas del río, sepultura.
El amor que era vida de tu vida,
Dulce virgen! te mata despiadado,
Y en clara tumba náufraga perdida,
Indigna de un amor tan desgraciado,
Remedio encuentra tu mortal herida
¡Ay! que había el desdén envenenado.

Envuelto en la mortaja cristalina
De las ondas tranquilas va flotando,
Flotando tu cadáver; rumor blando
Se eleva, como queja columbina,
Del follaje que cubre la vecina
Margen del río, semejante á cuando
En busca, gime, del alado bando,
La paloma extraviada y peregrina.
¡Las hojas son que al murmurar inquietas:
Cantan una elegía á tu alma pura!
Son plegarias, son músicas secretas;
Mientras, como presente de natura,
Brotan en tu adorada sepultura,
Las lágrimas, trocadas en violetas.

VICENTE ACOSTA.

EN SECRETO.

JUAN DE DIOS PEZA.

No es el rigor del tiempo, sino la crueldad del dolor el que le ha puesto

como ahora está: adusto el semblante, plegada la frente, anciana la cabeza. En todo él hay algo así como las huellas de una coraza largo tiempo llevada para resistir los dardos de la envidia y los embates de la adversidad. Como que los músculos ya no han cedido al ser abandonada la actitud de la resistencia. La manifiestan aun ahora que han venido la fatiga, el cansancio y el hastío. Pero en este viejo de cuarenta y un años de edad, existe algo que revela al poeta de otros días, de los mejores de la inspiración, cuando sonaba en la tribuna la voz de Altamirano, escribía Riva Palacio y era Mayo en el hogar; es la voz, cuyo metal no ha perdido; es la franqueza, á la que la alta posición no le ha puesto máscara.

Pero, ¡hay! con ese ajamiento ha venido el invierno al corazón, por desengaños, porque la muerte ha arrasado con los predilectos, porque Juan el pequeño ha dejado el uniforme militar por las Matemáticas, María tiene quince años y Margarita partirá al extranjero. A fusiles y muñecas los envuelve la telaraña en algún rincón.

El poeta ya no canta á la niñez: las horas de lectura son consagradas á la historia y dicta romances por la noche, escogido y anotado un punto por la mañana, á Macario Rivero ó á Alberto Franco, sus inseparables amigos, sus estímulos.

—Mi vida es rara; madrugo: hace doce años que no he dejado un solo día de bañarme en agua fría, me manifestaba al preguntarle sobre su vida.

Lee historia dos horas por la mañana, anota el punto que halla nuevo; se entera de su correspondencia, la contesta: pasa algún tiempo charlando en una ju-

guetería: otro tanto se pierde de vista; una dispepsia le hace comer poco: no falta á la Cámara. Para escribir se tiene que hacer la *toilette*, si no es imposible escribir una sola frase como Dios manda.

Se le creía de ideas retrógadas con un atraso de medio siglo. No hay tal: su padre, Ministro de Guerra de Maximiliano, fué tolerante con él y su tolerancia llegaba hasta esto: un día, un 5 de mayo, siendo estudiante de Agricultura, acordaron los alumnos portar en el pecho un busto del Gral. Zaragoza.

Apenas salió franco de las escuela, se dirigió á Palacio, en donde estaba su padre.

—¿Qué llevas ahí colgado? le dijo así que le vió.

El retrato de Zaragoza, vencedor de los franceses, y por el que yo y todos mis compañeros tenemos gran veneración.

Por toda respuesta, su padre le hizo un cariño y pasaron los dos por entre la guardia de Palacio, sin quitarse el poeta el busto del pecho.

Caído el imperio y proscrito su padre, el gobierno le retiró la beca de Agricultura; entonces solicitó una audiencia de Juárez. Un lunes en la tarde, á las dos, se presentaba al Presidente.

—Soy Juan de Dios Peza, hijo de un Ministro que está proscrito. Señor, vengo á preguntarle, aunque me tache usted de falta de respeto, cuál es mi culpa para que se me quite la beca?

—Joven, venga usted pasado mañana á esta misma hora—le contestó el primer Magistrado de la Nación.

Estuvo puntual á la cita. Juárez, al verle, puso en sus manos una cubierta con la nueva concesión de la beca.

Al año siguiente, por el nuevo plan que refundió todas las escuelas en la Preparatoria, fué á dar ésta, cuyo Director era Barrera. En la primera visita que hizo Juárez al plantel, le cupo recitar unos versos.

—¡Ah!—cuenta—se los dije con todo mi corazón.

Venera á aquel grande hombre como á Ignacio Ramírez, de quien fué discípulo predilecto. Y aquí está la prueba: el 76, al publicar *El Siglo Diez y Nueve* su primera colección de versos, le puso prólogo Ignacio Ramírez, él que se había negado, para lo mismo, á Emilio Rey y Antonio Plaza.

Se ha creído que á Peza se le hiere en su amor propio al hacerle alguna observación sobre sus producciones: no hay tal. Una vez, de estudiante de Medicina, ante una reunión de amigos leía no sé que cosa que escribió y que le llamaba drama. Entre los que escuchaban, se encontraba Manuel Acuña. Terminada la lectura, el autor del "Pasado" se deshizo en elogios para con el *debutante*, quien muy ufano creyó haber obtenido el primer triunfo. Luego que se despejó el humilde recinto en que se hacía la lectura y quedaron solos autor y elogista, Acuña se soltó contra él:

—¡Qué barbaridades has escrito! No quise decírtelo ante los otros: tu drama sólo merece el fuego.

Y diciendo y haciendo: lo quemó en su presencia.

Al referirme esto Peza, me lo decía con el alma (se le revelaba en lo suspiroso), agregando:

—Considere usted, en realidad le sobraba razón, que los personajes tenían relaciones con las hermanas, con las madres y con todo el mundo. ¡Era aque-

llo una enredo incomprensible!

Pero no cayó el ahinco: su amor á la literatura fué cada día mayor. Tiene más de veinte años de estar echando raíces. Esa planta que ha cultivado con tanto afán y ha producido tantos y tan sabrosos frutos, se le ha arraigado así, dice él:

Todo con mano ruda, torpe y fría
Me pudo arrebatar la adversa suerte,
Pero el culto á la hermosa poesía
No lo podrá arancar del alma mía
Más que la helada mano de la muerte.

—Ha cantado usted al hogar—le manifesté—ha cantado á la belleza, ha cantado á la patria, ha escrito romances y leyendas, ha publicado prosas, ¿por qué no ha vuelto usted á cantar al hogar?

Y me contestó:

—Creo haber escrito demasiado sobre mis dolores, sobre mis penas y ya prescindí de ser personalista y subjetivo, y me ocupé exclusivamente de asuntos históricos nacionales. Respecto de los cantos del hogar, que creo son los que me han dado más nombre en la América del Sur, ya expliqué en una carta á Fanny Cañedo, por qué no hago cantos del hogar.

“Pero vamos á cuentas: ¿por qué ansias Versos de mi laúd, lectora hermosa?
¿Qué encuentras en mis pobres poesía?
¡Nunca el cardo ruin gustó á la rosa!

Y cardos son mis versos, ¿no imaginas
Que su amargo sabor turba la calma?
Los hago con la hiel de las espinas
Que el infortunio me clavó en el alma.

El libro que has tenido entre tus manos
Es la sencilla historia de tres niños
Que forman los tres ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus cariños

Y es natural que tú, no satisfecha
Con esa historia que leíste un día,

Preguntes cómo viven á esta fecha
Mi Juan y mi Margot y mi María.

Los "Cantos del Hogar" fueron escritos
Aspirando el aroma y la fragancia
De esos nardos sagrados y exquisitos
Que pueblan los jardines de la infancia.

Cada palabra, cada pensamiento,
Cada acción de mis hijos adorados,
Es para mi pluma un argumento;
Por eso están con lágrimas regados.

Hoy no puedo escribir con frases huecas
Nuevos versos de hechizos infantiles;
Los héroes de "Fusiles y Muñecas"
Ya no buscan ni muñecas ni fusiles.

Esos tres niños que en mis cantos suenan,
Ya no son como ellos aparecen,
Que en estas horas que la vida llenan
Los hombres pasan y los niños crecen.

Mis héroes tocan el dintel soñado
Que alumbra el sol de la razón sensata;
Margot dejó el Bebé desbaratado
Y Juan dejó el fusil de hoja de lata.

Margot no sueña con su infante egregio,
Y á lado de su hermana, de María,
Vive en paz estudiando en el colegio
Para salir de profesora un día.

Y Juan, el dulce imán de mi cariño,
Aún vive deslumbrado, no te asombre,
Entre el vago crepúsculo del niño
Y el rojo fuego del albor del hombre.

Ya todo en serio y en verdad lo toma,
Comienza á hablar francés, y de aquí augura
Que así como se charla en otro idioma
Se vive en otra edad con más ventura.

Los tres son mi tesoro; son el lazo
Que me liga á este mundo en que he sufrido;
Alguna vez me llevarán del brazo
Viéndome viejo, enfermo y abatido.

Disculparán entonces mis enojos,
Comprenderán mi amor, mi afán, mi empeño,
Y con pasión me cerrarán los ojos
Para que duerma bien mi último sueño".

El poeta, con las muchas ediciones

de sus obras, estará rico? En Bogotá,
en Caracas, en Curazao se han hecho
ediciones de sus versos, pero ni un cen-
tavo ha percibido.

Garnier edita en París sus obras com-
pletas; han aparecido tres tomos, mas
no se hará rico, Escribe el Romancero
de la Intervención y sus Memorias de
cuarenta años, que ya son de Garnier,
y no le reportarán gran provecho.

—¿Qué quiere usted? me decía; en
esta casa hay de todo, menos dinero.
No tengo capital ninguno.

—¿Y la gloria?—le dije.

Y entonces calló, adivinando yo en
una nube de tristeza que veló sus ojos,
que me quería decir con su silencio que
con la gloria no habían de tener asegu-
rados el porvenir Juan, Margot y María.

ANGEL POLA.

Batalla de flores ó rosario de la aurora

La bandera es el iris: los soldados
son las flores de todos los jardines;
mostrando su alquicel van los jazmines
entre escuadrones rojos y morados.

Embrazan los geranios exaltados
sus rodelas de fuertes colorines
y luchan como afrosos paladines
los claveles de tonos irisados.

Revuelto el aire en polvareda de oro,
estalla en salvas el cañón sonoro,
y arcos de rosas vierte la metralla.

Y están como en su concha los amores,
presidiendo las reinas de las flores
el brillante tropel de la batalla.

SALVADOR RUEDA.

Precauciones contra las tormentas.

Dignos de ser conocidos son los estudios publicados por la Oficina de Estadística de Berlín sobre los sitios y objetos dotados de mayor virtud para atraer el rayo.

Las plantas, por ejemplo ejercen una gran fuerza de atracción sobre las descargas eléctricas. Así se explica que el rayo caiga con mayor frecuencia sobre las casas de campo, rodeadas como están de vegetación, que sobre las urbanas, y siete veces más frecuentemente sobre las chozas cubiertas de paja ó de cañamo, que sobre las casas, no obstante la mayor elevación de estas.

En las mismas plantas hay notables diferencias de atracción. Si la encina atrae como uno, el pino lo hace como quince, el hayo, el sicomoro, etc., como cuarenta, y el roble como cuarenta y cinco.

La clase del terreno y de las rocas influye mucho en el riesgo que tiene cada localidad durante una tormenta. Si hay peligro como uno en terrenos calizos, lo habrá como nueve en los arenosos, y de diez ocho á veintidos en los pantanosos.

El consejo de Salubridad del Departamento del Sena ha renovado las siguientes instrucciones, enumerando las precauciones que deben tomarse para evitar en lo posible ser herido por el rayo durante una tempestad.

Dice así:

“Deben evitarse las corrientes de aire durante las tempestades; la dirección del rayo casi siempre es la misma que la de la lluvia ó viento, y se citan ejemplos de personas heridas al abrir una ventana.

Es muy peligroso tañir las campanas, especialmente á los que lo ejecutan.

La Poesía

AL DISTINGUIDO POETA ISMAEL E. ARCINIEGAS.

Oh! Poesía! Soberana tea!

Tú salvando miserias y dolores

Llevas hasta los mundos superiores

La mirada de soles de la idea.

Tú dices á la mente: la luz sea!

Y ella entonces, de espinas hace flores

Desata su tiniebla en resplandores

Y lucha y arde y se levanta y crea.

Tú conduces al hombre hasta el arcano

Do las alas de Dios tienden su vuelo,

Para buscarle un trono soberano.

Y al cabo tú, del funerario suelo

Donde el polvo mortal se hace gusano,

Mariposa de luz llevas al Cielo!

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

La combustión espontánea del heno.

En general todas las materias orgánicas, y muy particularmente el heno, tiene el inconveniente de producir la combustión espontánea, como la que se observa en la hulla.

Es sabido que en esta materia inorgánica, la causa de la combustión consiste en el calentamiento de las piritas que contiene y en el desprendimiento de gas que se produce.

En cuanto al heno, hasta aquí era desconocida la causa precisa del fenómeno; pero el profesor Cahn de Breslau, ha demostrado que el calentamiento del heno húmedo á una temperatura suficiente para que se declare la combustión expon-

tánea, se debe á la acción termógena de un hongo llamado *aspergillus fumigatus*, hongo parasitario que ya se conocía por su propiedad de calentar la cebada en vías de germinación, haciéndola estéril.

Á causa de la respiración del germen diminuto de la cebada, es decir, por la combustión del almidón y de los demás hidrocarburos que contiene y que el fermento diastásico trasforma en mastosa y en dextrina, la temperatura se eleva á 40 grados centígrados; el *aspergillus fumigatus* interviene entonces, y obrando como fermento, eleva dicha temperatura á 60 grados, con lo cual el incendio es inminentísimo.

Cuando se trate de un momento de heno algo grande, se deberá procurar que tenga una ventilación conveniente para evitar las consecuencias terribles del parásito incendiario.

MISCELÁNEA

INSERTAMOS en el presente número los discursos pronunciados, en la inauguración del primer Congreso Pedagógico Centroamericano, por los señores doctor don Nicolás Aguilar, Delegado del Gobierno de El Salvador, y doctor don Ramón A. Salazar, Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Guatemala.

Dichos trabajos son dignos del mayor encomio, y creemos que nuestros lectores agradecerán que les ofrezcamos tan ameritadas producciones, que han sido acogidas con entusiastas aplausos.

Ambos discursos por su valor científico y por su mérito literario, juzgamos que deben ser con-

servados en las páginas de nuestra Revista, que aspira á contribuir, aunque en pequeño, al movimiento intelectual de la patria.

— — —

AGRADECEMOS en lo mucho que vale la honra que han discernido á nuestro periódico las distinguidas escritoras doña Vicenta Laparra de la Cerda y señorita María Guadalupe Reyes, al enviarnos los trabajos que publicamos en el presente número, y que serán acogidos por los amantes de las bellas letras, con todo el entusiasmo con que se aplaude lo que lleva en sí el sello del mérito y tiende al perfeccionamiento del espíritu en los campos de la amena literatura.

— — —

LA SEÑORITA Julia Bertrand se ha dignado honrar las columnas de "La Juventud Salvadoreña", con el precioso artículo que publicamos en el presente número. Es tiempo ya de que la mujer centroamericana, sobreponiéndose á ciertas ideas que la limitan en su actividad y venciendo la modestia que le impide concurrir con sus trabajos á la regeneración social, tome una participación activa en la magna obra del progreso á la cual llevará de seguro, junto con su delicada percepción, el valioso contingente de su inteligencia y de su estudio.

Mucho promete la novel escritora, que toma como objeto de sus primeros trabajos un asunto tan delicado é importante, cual es el de la educación y del que dependen, como está genéricamente reconocido, la ventura y la felicidad de las naciones.

DAMOS nuestro más sentido pésame al señor doctor don Francisco Espinal, socio fundador de "La Juventud Salvadoreña", por el sensible fallecimiento de su padre el señor don Rufino Espinal, acaecido últimamente en la ciudad de La Unión.

Crea nuestro amigo el señor Espinal que participamos de su justo pesar, y que hacemos los más fervientes votos por el eterno descanso del honrado ciudadano y excelente padre de familia, cuya pérdida lamentamos.

HEMOS recibido la colección de "El Album", periódico redactado por los señores don Carlos Meany y Meany y don Alfredo Quiñónez.

Deseamos al simpático colega muchos triunfos en la noble labor que ha emprendido.

CUMPLIMOS gustosos la recomendación que nos ha hecho el señor doctor don Francisco Espinal de rendir los más sinceros agradecimientos á las personas que le han significado su condolencia, con motivo del fallecimiento del señor don Rufino Espinal.

EL SEÑOR don Pedro Jiménez ha obtenido el título de doctor en Jurisprudencia de la Universidad Nacional.

Felicitamos al nuevo académico, deseándole toda suerte de felicidades en el ejercicio de su honrosa profesión.

EL SEÑOR Presbítero doctor don Juan José Bernal ha publicado

últimamente su libro "Recuerdos de Tierra Santa", del que nos ocuparemos próximamente con la debida atención.

Bien conocido es el doctor Bernal como uno de nuestros mejores poetas, y sus dulces composiciones han merecido grandes elogios de la prensa nacional y extranjera.

Felicitamos cordialmente al Dr. Bernal por su nueva producción, la que seguramente será acogida en todas partes con la admiración que se merece.

EL DOCTOR don Mariano Cáceres ha fallecido en San Francisco California, cuando se preparaba á efectuar su viaje de regreso á esta República.

Fue el doctor Cáceres un abogado distinguido, y como aventajado literato llegó á adquirir merecida fama. Varios puestos públicos desempeñó á satisfacción general y últimamente, en la legación enviada por El Salvador á Méjico y los Estados Unidos, tuvo el honroso cargo de Secretario. Ha muerto muy joven, cuando todavía las rosadas ilusiones de la vida ofrecen al corazón la ansiada felicidad.

Acatemos los decretos del Criador y elevemos al Cielo nuestras oraciones, para que el alma del malogrado amigo sea feliz eternamente en la mansión de los bienaventurados.

Reciba la digna familia del Dr. Cáceres nuestro más sentido pésame.